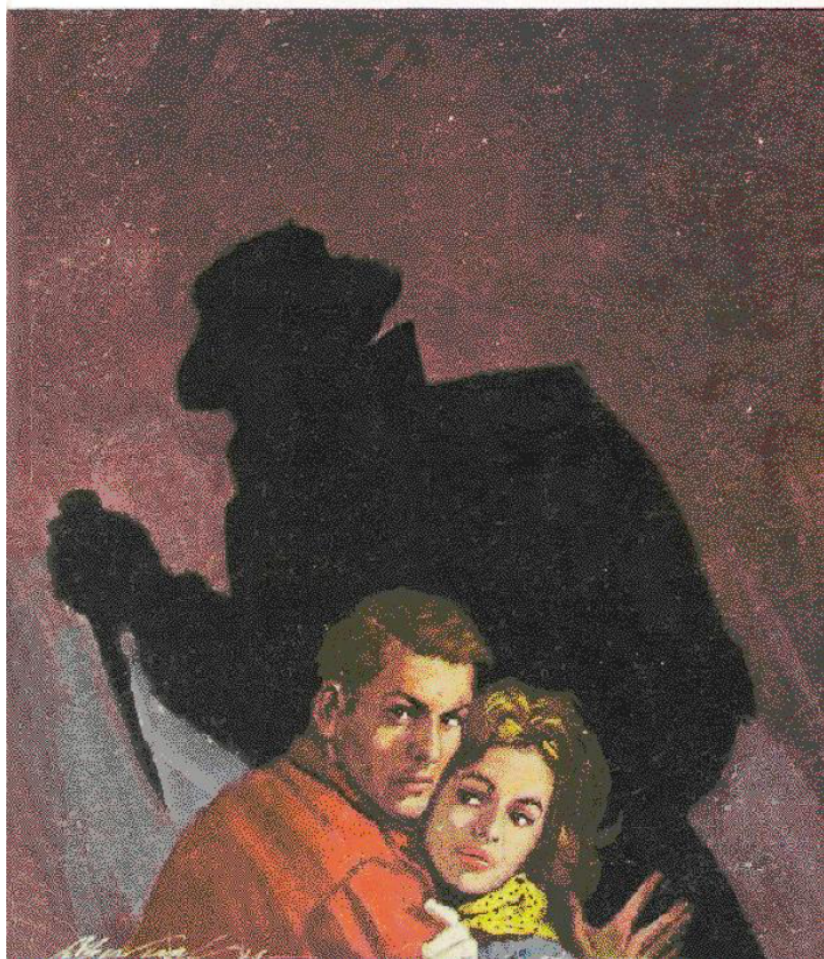


BOULEVARD
PUNTO
ROJO

el puñal a la espalda

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL PUÑAL A LA ESPALDA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 760
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 36.626 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1976

© Clark Carrados - 1976
texto

© Antonio Bernal - 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.505. — El hombre de la mala suerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.385. — El teatro de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

943. — La Hondonada del Diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

757. — Agencia «K».

En Colección COLORADO:

994. — El hombre del tren.

CAPÍTULO PRIMERO

Ella era una joven muy atractiva, cuyo espléndido cuerpo estaba cubierto por unos pedacitos de tela roja. El color escarlata contrastaba vivamente con la piel dorada por el sol. El hombre, en pie sobre la popa de la lancha motora, terminaba de equiparse con la máscara y aletas. Tenía unos quince años más que la mujer y era de mediana estatura, muy fornido, con el torso como un barril y la nariz de un exboxeador.

—¿Crees que conseguirás algo, querido? —preguntó ella.

—Para eso me voy a sumergir, ¿no?

Tom Chain terminó de calzarse las aletas y se acercó a la borda. Antes de bajarse la máscara, miró a la joven, sonriente.

—Esta noche tendrás la más hermosa perla que el mundo haya conocido jamás —aseguró, fanfarrón.

—Pero ¿hay perlas en estas aguas?

—El año pasado cogí dos. Me dieron casi quince mil dólares. Entonces necesitaba el dinero. Hoy... Bueno, Phyllis, deséame suerte.

Ella le tiró un beso con la mano. Chain se dejó caer de espaldas y luego se hundió a plomo en las verdosas profundidades de unas aguas absolutamente transparentes.

Abajo, a unos veinticinco metros, se veía un banco rocoso. Era un lugar sólo conocido de Chain, según le había oído ella. Phyllis Cook sabía que Tom era bastante presumido y esperaba más de una visita al joyero que de aquella inmersión. «Pero ¿por qué quitarle la ilusión?», se dijo.

La inmersión era a pulmón libre, por lo que Chain emergió antes de que transcurriesen dos minutos. Algo voló por los aires y cayó en la popa de la motora. Chain se llenó los pulmones de aire.

—¡La primera ostra! —gritó, antes de sumergirse nuevamente.

Phyllis contempló, fascinada, el molusco. Si supiera abrirlo...

Pero de eso ya se encargaría Tom, cuando diese por terminada su sesión de pesca.

Chain emergió dos veces más. Cuando se sumergía por cuarta vez, unas poderosas mandíbulas se cerraron sobre la carne de su muslo izquierdo.

Crain abrió la boca para gritar, olvidándose de que estaba dentro del agua. Las mandíbulas mordieron de nuevo y el agua se tiñó de un sucio color rojo.

Ahora, Chain estaba a más de quince metros de profundidad. Phyllis, inclinada sobre la borda de la embarcación, vio algo raro.

Las mandíbulas atacaron de nuevo. Chain sintió un dolor indescriptible cuando la carne del pecho fue rasgada desde la tetilla a la cadera derecha. Otro ataque asesino fue dirigido ahora al muslo del mismo lado y esta vez, Chain perdió el conocimiento.

Entonces fue cuando Phyllis empezó a ver manchas rojas en la superficie del agua y se sintió llena de pánico. Una sombra oscura se deslizaba hacia aguas más profundas, apenas si pudo entreverla, y ella comprendió en el acto lo que había ocurrido.

Phyllis corrió hacia el pequeño puente. Tom la había instruido más de una vez en lo que debía hacer. Guardada en un compartimento estanco, había una pistola de señales. Abrió la tapa, sacó la pistola y apretó el gatillo.

Un chorro de humo rojo subió a lo alto. Aunque no demasiado cerca, sí había numerosas embarcaciones de pesca en el mar. Apenas había lanzado la bengala de socorro, Phyllis accionó la sirena de llamada.

Una vez volvió la cabera, con la vaga esperanza de que Tom volviese por sus propios medios a la motora. Tom había vuelto a la superficie, sí, allí estaba, a diez o doce metros de la embarcación, pero el aspecto que presentaba era horripilante y Phyllis tuvo que correr a la borda para evacuar el estómago.

La gente se agolpaba en el muelle cuando los sanitarios bajaron la camilla, en la que iba un cuerpo humano cubierto con una sábana. Dos policías apartaron a los curiosos.

—Llévenlo ahí —indicó el forense.

Un policía atendía a Phyllis, que gemía y sollozaba constantemente. Los murmullos de los curiosos eran constantes. Algunos hablaban ya de abandonar aquella localidad veraniega.

Mike Floyd era uno de los curiosos y se sentía extrañado por el ataque del tiburón. Precisamente había ido a pasar unos días a aquella población, ya que un biólogo, conocido suyo, le había garantizado la ausencia de escualos.

Mike tenía a su lado a una hermosa rubia, a la que había conocido dos semanas antes. La rubia, Beth Harvis, no tenía otra profesión que la de hermosa y había aceptado entusiasmada la proposición que Floyd le hizo. Por eso estaba a su lado, en el muelle, contemplando, como los demás, la escena de la llegada del hombre atacado por un escualo.

Los policías maldecían entre dientes. Si la noticia se extendía, la gente dejaría de acudir y la temporada veraniega sería un desastre. En las playas, seguro, no había peligro. Mar adentro ya era otra cosa, pero la inmensa mayoría de la gente venía solo a remojarse y a tostarse al sol. Los que tenían lanchas y se alejaban de la costa, poseían la suficiente experiencia como para evitar el encuentro con algún ocasional tiburón.

Los camilleros se adentraron en un edificio que era almacén de todo, propiedad de los pescadores. Movidó por un impulso irresistible, Floyd echó a andar hacia el edificio.

—Aguárdame aquí, Beth.

Con paso rápido, Floyd pudo llegar al edificio casi al mismo tiempo que los camilleros y el forense. Algunos otros, todos ellos habitantes de la población, entraron también en el almacén.

La sábana fue apartada a un lado. El cadáver, blanco como el vientre de un pez muerto, quedó a la vista, completamente exangüe.

—No cabe la menor duda, fue un tiburón —dijo el forense.

—¡Madre de Dios! —Exclamó Regis Anders, el jefe de policía—. La que se va a organizar cuando se divulgue la noticia.

—Ese tiburón debía de ser un animal muy extraño —dijo de pronto Floyd.

El médico y Anders se volvieron a mirarle.

—¿Quién es usted? —preguntó el segundo.

—Michael Floyd, investigador privado, y me hospedo en el Mermaid.

—¿Experto en tiburones?

—Oh, no, en absoluto. Ni siquiera he visto uno al natural. Pero veo las señales de las mordeduras...

—Mandíbulas de escualo, señor mío —dijo el forense altaneramente—. Salta a la vista, si es que no necesita usted los servicios de un oftalmólogo.

—Doctor, diga oculista y todos le entenderemos mejor —sonrió Floyd—. Mi vista es estupenda, por otra parte, y aprecia que sí, hay mordeduras y desgarrones, pero que no falta, en cambio, ni un trocito de carne.

Anders respingó.

—¿Qué quiere decir usted, señor Floyd?

—Lo que he dicho: no falta un gramo de carne. ¿Qué tiburón muerde, por ejemplo, en el muslo, y no se lleva la mitad de la carne?

—Tal vez no tuvo tiempo de hacerlo —intervino de pronto un sujeto que había escuchado la conversación.

—¿Por qué, Duke Ryssing? —preguntó Anders.

—Bueno, quizá algo le asustó...

Floyd estudió al individuo, de algo más de cuarenta años y con aspecto de pescador veterano. Había algunos pelos blancos en su barba corta y las comisuras de los ojos estaban llenas de arrugas, no tanto por la edad, como por la costumbre de guiñarlos casi continuamente a fin de evitar el resplandor del sol y sus reflejos en las aguas del mar.

Floyd señaló las mordeduras del pecho, de la cadera y del otro muslo.

—Aquí deberían de faltar unos cuantos quilos de carne —insistió—. Tal vez no sea un tiburón gigante, como el de esa famosa película, pero sí tenía en las mandíbulas la suficiente potencia como para llevarse un brazo de una sola dentellada. Y no ha sido así, como, sin duda, puede apreciar el forense mucho mejor que nadie.

—Eso es cierto —reconoció el aludido—. El tiburón pudo haberse asustado al tirar su primera dentellada, pero entonces no hubiera continuado atacando. Y lo hizo hasta que este pobre hombre murió desangrado.

—Ustedes no conocen a los tiburones —dijo Ryssing, despectivamente—. Son los bichos más raros que uno se pueda imaginar y jamás hacen lo que uno espera que hicieran. Tal vez solamente quería divertirse...

—¡Pues vaya una diversión! —refunfuñó Anders.

—Señor Ryssing, usted será experto en tiburones, pero, por lo poco que sé, esa clase de bestias no se divierten jamás. Es el animal marino más serio que se conoce y si ataca es porque quiere comer. Un tiburón no es un delfín juguetón —dijo Floyd, muy serio.

Ryssing se encogió de hombros, a la vez que señalaba con la mano el cuerpo inerte que yacía sobre la camilla.

—A las pruebas me remito —contestó.

Floyd no quiso seguir hablando. A fin de cuentas, estaba allí de vacaciones.

—Con su permiso, caballeros —se despidió.

Volvió junto a la rubia.

—Vámonos, Beth.

—Ya no podremos bañarnos en el mar —se quejó ella.

—Punto primero: tienes un magnífico cuarto de baño en el hotel. Punto segundo: tienes una ídem piscina en el ídem. Punto tercero: yo estoy a tu lado. Ella le pasó la mano por la cintura.

—Eso es lo que más me agrada —dijo.

Las habitaciones del hotel disponían de terraza individual, completamente aislada de las contiguas. Floyd estaba tumbado sobre una estera, con los ojos cerrados bajo las gafas negras.

Beth se le acercó, con dos vasos en las manos, y se arrodilló a su lado.

—Eh, despierta —dijo.

—No estoy dormido, nena.

—Muchacho, lo pareces. Desde ayer estás como ausente... y me parece que no tienes motivos para ello. ¿O yo soy de palo? ¿Tal vez te trajiste contigo una muñeca hinchable?

Floyd se echó a reír, a la vez que se incorporaba sobre un codo.

—Ni de palo ni de goma, sino agradablemente de carne y hueso —dijo, a la vez que paseaba la yema del índice por el costado izquierdo de la rubia, que aun dentro de la habitación iba en «bikini»—. Pero no puedo quitarme de la cabeza al tipo que murió ayer.

—Cada vez que me acuerdo de eso, miro hasta en la bañera —contestó ella—. Me parece que nunca más volveré a meterme en el mar.

—Chain no murió atacado por un tiburón, preciosa. Fue el asesinato más ingeniosamente planeado que he visto en los días de

mi vida.

Beth se quedó pasmada.

—Has dicho asesinato.

—Justamente.

—Pero... ¿quién iba a querer matarle? Y, sobre todo, ¿por qué hacerlo de esa forma?

De pronto, Floyd se puso en pie.

—Voy a salir —dijo—. No te muevas y aguárdame aquí. Tardaré una hora, aproximadamente; quizá algo menos.

Beth se encogió de hombros. Al quedarse sola, murmuró:

—¡Qué hombre! Ni siquiera aquí puede olvidarse del oficio.

Floyd volvió hora y media más tarde, con algo envuelto en un papel. Al quitar la envoltura, Beth lanzó un grito de susto.

—¡Quita eso de mi vista!

—Calma, nena: el tiburón murió ya hace mucho tiempo —sonrió él.

—Beth contempló con ojos fascinados las mandíbulas, con sus dientes de sierra, ninguno de los cuales medía menos de tres centímetros de largo. La distancia entre las articulaciones, hábilmente unidas, que permitían girar las dos mandíbulas, como cuando el animal estaba vivo, era de unos cuarenta centímetros.

Floyd abrió y cerró las mandíbulas, produciendo secos chasquidos que pusieron a Beth la piel de gallina.

—El arma asesina —dijo él.

Beth empezó a reaccionar.

—¿Quieres decir que...?

—Chain estaba pescando ostras, según la mujer que le acompañaba. Por cierto, ella ha dicho que ha abierto las tres ostras que pescó y ha encontrado una perla de bastante valor.

—Vaya, perlas aquí —se asombró Beth.

—No tiene nada de particular. El fondo rocoso lo permite y... Pero volvamos a lo nuestro. Mira estas mandíbulas. Ahora, imagínate a Chain a quince metros de profundidad. Alguien se le acerca sin ser visto, naturalmente, con escafandra y depósitos de aire, y le ataca con estas mandíbulas, causándole enormes desgarrones en el cuerpo. Al primer golpe, Chain tuvo que sufrir ya un fuerte *shock* y ya se encontró en desventaja. Entonces, el asesino siguió «mordiendo», hasta que se aseguró que la víctima, si no

estaba muerta, iba a morir. Luego se retiró por donde vino...

—¿Pu... pudo hacerlo con eso, Mike? —preguntó Beth.

—Con otras mandíbulas, por supuesto. Éstas las he comprado en una tienda donde venden, además de artículos de pescador, trofeos y *souvenirs*.

—A mí no me regales esa cosa tan horrible, Mike. Yo no la querría en mi casa, por todo el oro del mundo.

—Me la llevaré yo —sonrió él—. Así tendré un recuerdo de nuestra estancia aquí.

Beth se le acercó, ondulando insinuantemente.

—Mis dientes no son de tiburón —dijo, a la vez que empezaba a mordisquearle el labio inferior.

Floyd se echó a reír. Lanzó a un lado las mandíbulas del escualo y rodeó con los brazos el esbelto talle de la rubia. Mientras la besaba, pensó quién y por qué habían tenido que asesinar a Chain por un procedimiento tan siniestro como original, pero Beth le hizo olvidar muy pronto su preocupación al respecto.

CAPÍTULO II

Había transcurrido casi un mes. Floyd estaba ahora en una joyería, buscando algo que endulzase la separación. Beth era una chica buena, pero algo tonta. Además, en los últimos tiempos se había puesto insoportable. Había que pensar en romper, y quería suavizar la ruptura con un bonito anillo o alguna joya vistosa. Bien mirado, Beth se lo merecía.

Mientras, sentado ante el mostrador, contemplaba la bandeja repleta de anillos que le enseñaba el empleado de la joyería, entró una mujer y se acercó al otro mostrador.

Floyd la miraba de reojo. Era muy alta, pero singularmente esbelta, morena, con el pelo negrísimo recogido en un prieto nudo en la parte posterior de su cabeza, lo que dejaba completamente al descubierto el óvalo de su rostro, de una notable pureza de líneas. El vestido de la joven, apreció, era sencillo, pero caro y de excelente factura. En las piernas no se podía apreciar el menor defecto.

El empleado carraspeó:

—Señor...

—Oh, dispénseme. —Floyd volvió al examen de la bandeja—. ¿Cuánto vale? —señaló un anillo muy aparatoso, con un gran topacio, rodeado de diminutos rubíes.

—Seiscientos veinte, señor.

—Póngamelo. Es para un regalo.

—Sí, señor.

Mientras el dependiente atendía el pedido, Floyd volvió a mirar disimuladamente a la morena. En aquel instante, la vio que metía en el bolso algo que parecía un collar de perlas. Había sido un golpe habilísimo, pensó para sus adentros.

El suceso le divirtió. Por un instante, sintióse tentado de dar la voz de alarma, pero en aquellos momentos tenía ganas de iniciar una nueva aventura. Entablar conocimiento con aquella hermosa

joven podía resultar interesante. Y ya vería el modo de devolver el collar a la joyería sin que ella resultase perjudicada.

Momentos después, recibía el anillo, adecuadamente envuelto. Pagó en billetes y se dispuso a salir. En la puerta, se detuvo para que pasara delante la joven. Ella agradeció el gesto galante con un leve movimiento de cabeza.

Floyd captó el sutil perfume que se desprendía de aquel cuerpo escultural. Sí, la morena tenía buen gusto, no sólo para vestir, sino también para los perfumes... y las joyas.

Indolentemente, siguió tras ella, a prudente distancia. A los pocos pasos, asombrado, se dio cuenta de que no era el único que iba tras la morena.

El hombre era bastante alto y fornido, de hombros muy anchos y manos recias y fuertes. Muy intrigado, Floyd se percató de que el individuo no perdía uno solo de los movimientos.

Un cuarto de hora más tarde, ella entró en un edificio de apartamentos. El hombre hizo lo mismo.

Floyd entró a continuación, aunque se quedó en el vestíbulo, en una actitud indiferente. Con el rabillo del ojo, observó el movimiento del indicador exterior del ascensor. Al fin, la aguja se detuvo en el número once.

Floyd ya sabía cuánto necesitaba. Momentos después, se hallaba en el pasillo del undécimo piso.

Había varias puertas, cada una de ellas con un pequeño rótulo en el que se indicaba el nombre del inquilino. Uno de los nombres llamó su atención: Joyce Bullit.

¿Sería la ladrona?

Floyd se inclinó y acercó la nariz al pomo de la puerta. Sí, ella había apoyado allí su mano perfumada. Pero ¿qué hacía en su casa el hombre con aspecto de sabueso?

¿Tal vez tenía un cómplice y se había reunido con ella para discutir el modo mejor de vender la joya robada?

De pronto, hizo girar el pomo y abrió la puerta cosa de un centímetro. Voces que discutían agriamente llegaron a sus tímpanos.

—Usted está loco —decía la joven en aquel instante—. Yo no soy una ladrona ni he robado ninguna joya. Váyase ahora mismo o llamaré a la policía...

—¿De veras? —Dijo el hombre—. Vamos, ande, llame; a la policía le gustará registrar su bolso...

Floyd abrió un poco más. Entonces vio que había como un vestíbulo, separado del resto de la casa por unas cortinas de estilo algo anticuado.

Audazmente, el joven entró y se agazapó tras un sillón de alto respaldo. De repente, sentía un enorme interés por saber en qué paraba aquel asunto.

—Mira, nena, dejémonos de cuentos. ¿Ves esto? Es una microcámara, con teleobjetivo. Sin que te dieras cuenta, te he fotografiado cuando echabas el collar al bolso. El collar no me importa en absoluto. Tú me interesas mucho más.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella—. ¿Acaso tiene ganas de un rato de compañía femenina?

Se oyó una risa burlona.

—Pues mira, no sería mala idea... Pero no, no es lo que quiero. Joyce Bullit, a partir de ahora, harás lo que yo te diga o acabarás en la cárcel. Por supuesto, puedes quedarte el collar; te servirá para lucirlo en tu nuevo oficio.

—¿Mi... nuevo oficio?

—Sí. A partir de ahora, dejarás de robar y te dedicarás a otra cosa más productiva.

—No entiendo...

—Tendrás un sueldo semanal de quinientos dólares. No te preocupes por lo que puedan pagar tus clientes; de eso ya nos encargaremos nosotros.

Se oyó un grito de rabia.

—¡No quiero hacer eso! ¡No, nunca...!

—Joyce, tú lo harás o acabarás en la cárcel. También tenemos procedimientos para convencer a las chicas que no temen ir a presidio.

Se oyó un leve chasquido. Floyd comprendió que el sujeto acababa de sacar una navaja automática.

—Tienes una cara preciosa —dijo él—. Quedarías muy fea con un corte desde la oreja a la barbilla. También hay otros sitios muy atractivos donde se puede cortar..., pero prefiero que seas comprensiva y que atiendas a nuestros clientes. A partir de ahora, estarás en casa a partir de las cinco de la tarde. Si el cliente quiere

que pases con él un fin de semana, accederás, pero entonces tu tarifa será doble. ¿Entendido?

El hampón dio media vuelta. Antes de salir, se volvió hacia la ocupante del piso.

—Recibirás una copia de la fotografía dentro de un par de días —añadió—. Quiero que estés convencida que no he mentado cuando impresioné el momento en que robabas un collar que vale, lo menos, cinco mil dólares.

Ella no contestó. El hampón salió al vestíbulo, llegó a la puerta, abrió, y desapareció, sin enterarse de que alguien había estado escuchando si no toda la conversación, sí lo más sustancioso de la misma.

Durante unos segundos, no hubo otra cosa que silencio en la casa. Luego, lentamente, Floyd se puso en pie y avanzó calladamente hacia las cortinas.

El vestido caía en aquel momento a los pies de la joven. Ella quedó solamente con el sujetador y los pantaloncitos de encaje. Floyd se dio cuenta de que Joyce Bullit se sentía violentamente agitada. El pecho, de contornos netamente femeninos, pero en modo alguno voluminoso, sino de proporciones enteramente clásicas, subía y bajaba con violencia. Floyd apreció igualmente el extraordinario atractivo de unas piernas largas, perfectamente torneadas, tan bellas como las de una profesional de *ballet*.

De pronto, ella se dio cuenta de que no estaba sola y giró en redondo.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó, sin hacer el menor movimiento por ocultar su semidesnudez.

Floyd avanzó unos pasos, se inclinó, recogió el vestido y lo puso delante del cuerpo de la joven.

—Es usted un espectáculo maravilloso, pero yo no estoy aquí para saciar una curiosidad enfermiza —le dijo—. He oído todo lo que ha hablado con ese tipo.

—¿Cómo dice?

—Señorita Bullit, lo crea o no, yo estaba en la joyería cuando robó usted el collar de perlas. Entonces no dije nada, porque quería divertirme un poco, lo confieso, aunque sin segundas intenciones, no se vaya a creer. Pero no podía imaginarme que hubiese un tipo

fotografiando la escena.

Joyce se sentía pasmada de asombro.

—Le aseguro que no entiendo en absoluto...

—¿Por qué no va al dormitorio y se pone una bata? Hablaremos mejor mientras tomamos algo de licor. Es decir, si no le importa.

—¿Puedo oponerme? Parece que en los últimos tiempos alguien ha tomado mi casa como un lugar público...

Floyd se echó a reír, mientras se acercaba a una mesita con ruedas, en la que había botellas y vasos.

—Ande, póngase la bata —insistió—. Repito que quiero ayudarla y que mi oferta es absolutamente desinteresada. —Con una botella en la mano se volvió hacia la joven y la miró intensamente—. ¿O acaso prefiere recibir a los clientes que le envíe ese sinvergüenza?

Joyce se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—¡No, por Dios! Lo que menos me gustaría sería...

—Hablemos claro: ese tipo quiere convertirla en una prostituta.

Ella asintió:

—Voy a ponerme la bata —dijo.

Cuando regresó del dormitorio, envuelto el cuerpo escultural en una bata muy corta, de mangas hasta el codo, tenía el pelo suelto y había en su rostro una expresión que indicaba cierto optimismo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Michael Floyd, pero puede llamarme Mike. —Floyd entregó un vaso alto a la joven—. Tome, beba.

Joyce tomó un sorbo.

—De modo que me vio robar el collar —dijo.

—Sí.

—¿Qué pensaba hacer? Si no tenía intención de denunciarme a la policía, ¿cuáles eran sus intenciones?

—Bueno, me hubiera divertido un poco, habría pronunciado un sermón contra el funesto vicio de apropiarse de lo ajeno; usted habría caído a mis pies, llorando a lágrima viva...

—Sí, y para purgar mi pecado, habría anunciado mis propósitos de retirarme a la vida conventual —dijo ella cáusticamente.

—Joyce, usted roba muy bien. ¿Quién le enseñó?

—Psé, el instinto...

—¿Es cleptómana?

—Oh, no, resisto perfectamente la tentación cuando voy a los grandes almacenes. Mis «golpes» son algo más atractivos que un poco de bisutería o un par de cubiertos baratos.

—Sólo le gusta lo bueno, ¿eh?

Joyce sonrió. Dejó el vaso a un lado, tomó el bolso, lo abrió y extrajo el collar con aire satisfecho.

—Nueve o diez mil —dijo.

—Pero lo venderá por una tercera parte. Quizá menos.

—No. Tengo un buen comprador. Sacaré cinco mil.

—Lo notarán en la joyería...

Ella le miró burlonamente.

—¿Dice que me vio robar el collar?

—Sí, y también el tipo de la cámara...

—Los dos son un poco tontos, y perdone la franqueza. Hace algunos días, estuve en la joyería y examiné el collar. Dije que me lo pensaría, pero lo que hice, en realidad, fue preparar otro idéntico, con perlas falsas. Antes de que se den cuenta del cambio, pasarán muchos días..., si es que llegan a advertirlo.

—Es usted digna de admiración, Joyce. Pero no siempre va a vivir del robo, me imagino.

—El futuro no me importa. Por ahora, me divierto.

—Y vive sin trabajar.

—No me gusta teclear en una máquina durante ocho horas seguidas, cinco días a la semana. Además, esto es muy excitante...

—¿Erótico?

—Yo no he dicho eso —contestó Joyce, irritada—. Me divierto y gano dinero, eso es todo.

—Sí, el erotismo del latrocinio, que diría un freudiano —rió él—. Pero lo mejor sería que hablásemos del tipo de la cámara. Está usted en sus manos, Joyce.

—Sabré esquivarle...

—No podrá.

—¿Por qué?

—Joyce, para algunas cosas es usted terriblemente ingenua, lo que le confiere mucho mayor atractivo —respondió él—. Ese hombre no estaba allí por casualidad. Lo más probable es que la haya estado vigilando durante mucho tiempo, él o algún ayudante. Cuando se han convencido de que tenían en las manos a una nueva

«recluta», han tomado la fotografía.

Joyce palideció.

—No puedo creerlo —dijo.

—Es indudable que se trata de una organización y que usted ya ha caído en sus garras, como tantas otras, aunque, naturalmente, por distintos motivos. Hablando claramente, le han puesto un puñal a la espalda..., una espalda, he podido apreciarlo, sumamente atractiva.

—Entonces, ¿he de hacer lo que ellos me ordenen?

Floyd levantó el vaso.

—Vamos a ver si quito el puñal de su bonita espalda —dijo—. Pero con su ayuda, claro.

Joyce fijó la vista en el hombre que tenía frente a sí y decidió que podía confiar en él.

—Haré lo que me diga, Mike —aseguró.

CAPÍTULO III

Sonó el timbre. Joyce, ataviada con una espectacular bata, que no era sino un montón de metros de algo parecido a una tela de araña, se levantó, cruzó el vestíbulo y abrió.

Un hombre gordo, medio calvo y algo barrigudo, apareció ante sus ojos.

—¡Uau! —exclamó, y luego silbó.

El tejido de la bata era de color rojo oscuro. Lo que había debajo, se veía claramente, tenía muy poca tela y era de color negro.

—¡Uau! —Repitió el tipo—. Usted es Joyce...

—Sí; anda, entra, cariño —dijo la joven, insinuante—. Ah, ¿cómo te llamas?

—Pete, es suficiente.

—Pasa, Pete, tomaremos una copa juntos.

—O dos, las que tú quieras, preciosidad.

Apenas habían traspasado las cortinas, el gordo se arrojó sobre la joven y la abrazó con la voracidad de un pulpo. En el mismo instante, brilló un fogonazo.

Él gordo lanzó un aullido de cólera.

—¿Quién nos ha retratado?

Con la cámara en la mano, Floyd apareció sonriente en el saloncito.

—Yo —dijo.

—Debía haber esperado una cosa semejante —dijo el gordo. De pronto, se volvió hacia Joyce—. ¡Sucia zorra, hija de mala madre! Deberían encerrarte en la cárcel por el resto de tus días, para que te pudrieras como una rata asquerosa...

Joyce se encolerizó y abofeteó al individuo. Éste, a su vez, devolvió la bofetada y añadió un directo al estómago de la joven, que cayó sentada al suelo, con los ojos llenos de lágrimas.

Floyd corrió hacia el individuo y le golpeó en la cara, arrojándole sobre un sillón. El gordo volvió a levantarse, pero un derechazo a la mandíbula, le dejó sin capacidad de reacción.

—Siga ahí y cálese —ordenó el joven duramente—. Joyce, ¿se encuentra bien?

—¡Qué pregunta! —respondió ella, sarcástica—. Tengo el estómago como un globo infantil bajo la rueda de un camión pesado.

Floyd sonrió ligeramente, Luego se volvió hacia el gordo, respiraba afanosamente.

—Amigo, esto no es lo que usted cree —dijo—. Es cierto que he tomado una fotografía, con película instantánea, pero se la daré a condición de que me diga quién le indicó el domicilio de la señorita Bullit. Ella no es lo que usted piensa; alguien la ha obligado a adoptar esta profesión, por motivos que no son del caso, y lo único que queremos, tanto ella como yo, es eludir la presión de que es objeto.

—No entiendo bien... A mí me recomendaron...

—¿Quién, señor...? Por cierto, no conocemos su nombre...

—Darnley, Peter Darnley —rezongó el gordo.

—Bien, díganos cómo llegó a su conocimiento el domicilio de la señorita Bullit.

—Estoy en viaje de negocios... Tenía ganas de divertirme un poco y pregunté en el hotel. El recepcionista me dio un número de teléfono, eso es todo.

—Dígame el nombre del hotel, el del recepcionista y deme ese número de teléfono.

Darnley sacó su billetera y extrajo una tarjeta de visita.

—Aquí tiene el teléfono —dijo—. Me hospedo en el Clarendon. El recepcionista se llama Wayne, es todo lo que sé.

Joyce se había puesto ya en pie y se frotaba el estómago con la mano.

—Ese hombre me ha tratado miserablemente —dijo, todavía furiosa—. Piensa que soy una cualquiera... ¿Qué es él? Un honrado padre de familia, con hijos..., y por tener algo de dinero, se cree con derecho a buscar por ahí lo que no encuentra en su casa...

—Joyce, no moralice —dijo el joven—. Esto sucede a diario, cientos de casos, y nosotros no podemos evitarlo. Señor Darnley,

váyase al hotel y guarde silencio.

—La fotografía —pidió el individuo hoscamente.

—Se la enviaremos por correo.

—Van a hacerme chantaje...

—No. Es probable que esta noche o mañana le llamen por teléfono y le pregunten si ha quedado contento de los servicios de la señorita Bullit. Usted contestará afirmativamente y dirá que pasó una tarde sumamente agradable, y que ella es muy atractiva y cariñosa. Cuando le hayan llamado, telefonee inmediatamente a esta casa. La señorita le enviará en el acto su fotografía. ¿Entendido?

—Supongo que no tengo otro remedio que resignarme.

—Si dice la verdad, puede que le busquen para rebanarle el pescuezo. Éste es un asunto mucho más serio de lo que usted se imagina.

Darnley saltó en su asiento.

—¡Diablos! Yo nunca pensé...

—Usted no conoce bien Nueva York. Cuando la llaman selva de cemento, se quedan cortos. Joyce, dele su número de teléfono.

—Sí, Mike.

Darnley se marchó momentos más tarde. Al quedarse solos, Joyce se contempló a sí misma.

—De veras, parezco una... una...

—De lujo. —Floyd le guiñó un ojo—. Pero ya puede cambiarse de ropa.

—¡Ahora mismo!

Joyce volvió momentos después, embutida en un jersey negro y pantalones muy ajustados del mismo color. Al verla, Floyd meneó la cabeza.

—Esto casi es peor. Voy a tener que marcharme inmediatamente —dijo.

Ella se echó a reír.

—No tenga tanta prisa. Podemos tomarnos una copa juntos...

—Gracias, pero no tengo ganas de perder la cabeza.

Floyd se dirigió hacia la puerta.

—Espere un momento, hombre —le llamó la joven—. ¿Adónde va?

—Darnley me ha dado un número de teléfono.

—Y piensa llamar...

—Claro. Es una pista, ¿no cree?

—¿Qué me dice de Wayne, el recepcionista?

—Prefiero hablar primero con la chica que me asignen.

—¿Lo gusta combinar el placer con la obligación? —preguntó ella maliciosamente.

—Hay cosas en las que uno no encuentra jamás el menor placer —respondió Floyd, inusualmente serio.

Joyce se quedó parada. Antes de que pudiera decir nada, Floyd había desaparecido ya de su vista.

—¿Quién le ha dado este número de teléfono?

—Wayne, el recepcionista del Clarendon.

—Son mil dólares. Si le conviene...

—Claro —rió Floyd—. Wayne me dijo que la mercancía es cosa fina.

—Tenemos lo mejor que hay en el mercado. Bien, meta los mil dólares en un sobre. Billetes, nada de cheques, ¿entendido?

—Hombre, no soy tonto. ¿A quién le doy el sobre?

—Déjelo en la recepción del Clarendon, cuando esté Wayne. Dígame que es para míster Smithers.

—¿Nada más?

—Tome nota de esta dirección, por favor.

—Sí, adelante.

Momentos después, Floyd tenía un nombre de mujer y sus señas. Pero torció el gesto.

—Lo malo es que tengo que poner los mil dólares auténticos —gruñó—. Si no lo hago, se darán cuenta del engaño...

Había tomado una habitación en el Clarendon y bajó a recepción. Wayne, un tipo untuoso y engominado, le acogió con la mejor de sus sonrisas.

—Necesito mil dólares en billetes —dijo el joven—. Daré un cheque a cambio... Ah, también un sobre, Wayne.

—Al momento, señor Floyd.

Floyd no había cometido la imprudencia de llamar directamente al teléfono que le había facilitado Darnley. Pero al hablar con Wayne y preguntarle dónde podría encontrar un poco de diversión, había podido comprobar que el recepcionista citaba el mismo número.

Momentos después, Floyd tenía los mil dólares y el sobre. Metió el dinero en éste, escribió el nombre de míster Smithers y se lo entregó al recepcionista.

—Ya vendrán a recogerlo.

—Sí, señor.

La chica era de buena estatura, formas exuberantes y tenía el pelo rabiosamente amarillo. La negligée era de color negro, muy transparente.

Glenda Eckerman abrió unos ojos como platos al contemplar a su visitante.

—¡Qué hombre, cielos! —exclamó.

Floyd sonrió.

—¿Acaso esperabas a un tipo gordo, bajo y calvo? ¿Es que los hombres jóvenes y no mal parecidos no tienen derecho a la vida?

Glenda se echó a reír.

—Anda, pasa —invitó—. ¿Quieres beber algo?

—Lo que te parezca.

—Martini.

—Bien.

Floyd se sentó en un diván. Ella se inclinó mucho al servirle la copa.

—Eres muy guapo —dijo.

Floyd tomó un sorbo.

—Tú eres encantadora, Glenda. Pero apostarí algo a que no haces esto por tu gusto.

Ella frunció el ceño.

—No sé qué estás diciendo —contestó—. Me gusta tener compañía de cuando en cuando...

—Porque te obligan.

—¿Cómo dices?

—Glenda, no disimules. Tú sabes perfectamente de que te estoy hablando.

Ella le miró con recelo.

—Eres un policía —dijo.

—No, estás equivocada. Sólo quiero ayudarte. También quiero ayudar a una buena amiga, que se halla en tu mismo caso. ¿Cómo se llama el tipo que te obligó a hacer esta profesión?

—Parece que sabes muchas cosas...

—Algunas. Pero es cierto que no te gusta lo que haces.

—Sí, es verdad —admitió ella sordamente—. Pero ¿cómo podría negarme? Me matarían, si dijese que no quiero seguir más...

—También te han puesto un puñal en la espalda, ¿eh?

Glenda asintió.

—Se llama Pop Rutier, es todo lo que sé. Ignoro dónde vive ni con quién se relaciona, pero un día en que le dije que empezaba a cansarme de esta vida, él me recomendó que leyese los periódicos. Así lo hice... Se llamaba Ellie May Roberts y le habían arrojado un frasco de vitriolo a la cara y al pecho. Quedó horriblemente quemada... Yo me asusté muchísimo, claro...

Algunas mujeres, en cierto modo, se merecían lo que les pasaba, pensó Floyd. Con lo fácil que era marcharse de Nueva York... Pero la gran ciudad ejercía sobre ellas una morbosa fascinación, de la que no sabían desprenderse.

—¿Has dicho Pop Rutier?

—Sí, es todo lo que sé.

—Y la chica del vitriolo es Ellie May Roberts.

—Sí.

Floyd anotó los dos nombres.

—Por el momento, no puedo prometerte gran cosa —dijo—. Pero haré todo lo que pueda, ¿comprendes?

Los ojos de Glenda se humedecieron.

—Si lo consigues, te lo agradeceré toda la vida...

—Por cierto, ¿cómo te «cazaron»?

—Bueno, yo trabajaba en una oficina. Un día, sin más, se me acercó Pop y me hizo algunas preguntas. Entonces no me pareció que podía resultar importante. Luego me dijo que si quería ganarme quinientos semanales... Bueno, dije que sí...

—Y cuando te diste cuenta, ya estabas establecida.

—Sí. Ese hombre es horrible...

—Déjalo de mi cuenta, Glenda.

Floyd se puso en pie. Glenda corrió hacia él.

—¿Ya te marchas?

El joven sonrió. Ciertamente, Glenda era una joven muy hermosa.

—Si llama Pop y te pregunta por mí, dile que he quedado muy satisfecho —se despidió.

CAPÍTULO IV

Tres días más tarde, Floyd localizó a Ellie May Roberts.

En el rostro de la joven había señales de la cirugía estética, pero, a pesar de todo, aquellas facciones ya no recobrarían jamás su primitivo aspecto.

—Estuve a punto de quedarme ciega —dijo Ellie May rabiosamente—. ¿Sabe dónde vive ese canalla de Pop?

—No; precisamente venía a preguntárselo a usted.

—Él fue quien me arrojó el ácido. Cuando salí del hospital, me compré un revólver. Siempre lo llevo conmigo en el bolso.

—Ellie May, no cometa imprudencias...

La joven rió agriamente.

—No se preocupe —dijo—, no piense matarle. Pero ¿sabe lo que hizo ese miserable antes de arrojarme el vitriolo?

—No, dígamelo, por favor.

—Abusó de mí. Luego me apaleó. Tuve que seguir con esa vida durante algún tiempo. Al fin, a pesar de todo, me harté. Entonces fue cuando me quemó la cara y el pecho con el ácido.

—Lo siento. Ellie May.

—No le mataré —dijo ella, rabiosa—, pero... ¿sabe cómo se puede inutilizar para siempre a un canalla como Pop Rutier?

—¿Qué va a hacer, romperle las piernas a tiros?

Sonó una estridente carcajada.

—No sea ingenuo —contestó la joven—. No es ahí precisamente donde pienso pegarle un par de balazos.

Floyd se espantó al captar la nota de odio que latía en la voz de Ellie May. Pero, al mismo tiempo, comprendió que aquellos sentimientos estaban perfectamente justificados.

—Sea sensata —aconsejó al despedirse.

—Cuando me encuentre a Pop, le haré lamentar toda su vida lo que me hizo —fue la obstinada respuesta de Ellie May.

Dos días más tarde, Floyd encontró a su hombre.

Al atardecer. Rutier entró en su apartamento. Antes de que pudiera cerrar la puerta, un pie se apoyó violentamente en su espalda y le lanzó catapultado hacia adelante.

Rutier rodó por el suelo, blasfemando horriblemente. Llevaba una pistola y, todavía caído, volteó sobre sí mismo, a la vez que sacaba el arma. Entonces, el mismo pie golpeó su muñeca y el arma saltó por los aires.

El rufián se puso en pie. Un puño alcanzó sus labios de lleno, partiéndolos, con gran efusión de sangre. Otro puño se hundió en su estómago, obligándole a doblarse en ángulo recto. El golpe definitivo fue a parar detrás de su oreja izquierda.

Floyd se chupó los dedos pensativamente, mientras oía el jadeo del hampón. Al cabo de unos momentos, Rutier consiguió sentarse en el suelo.

—¿Qué diablos quiere de mí? —Preguntó, espurreando sangre y saliva al mismo tiempo—. ¿Por qué me ha pegado?

—¿Quién es tu jefe, Pop?

—No entiendo...

La mano de Floyd se movió de nuevo, ahora de revés, alcanzado la cara del rufián. Rutier aulló.

—¿Quién es tu jefe? —insistió Floyd.

—No le conviene meterse con él. Es muy duro, muy peligroso...

—Sí, ya me lo imagino. Pero, de momento, tu jefe no está aquí y yo sí.

Floyd agarró una silla y separó una de las patas.

—Bueno, vamos a empezar la danza otra vez —dijo—. No tengo ganas de destrozarme las manos ni de estropearme los zapatos, ¿comprendes?

De pronto, Rutier se levantó de un salto y, bramando como un toro furioso, se arrojó contra el joven. Floyd esquivó fácilmente la acometida. Cuando Rutier pasaba por su lado, le golpeó en el cuello, entre la nuca y los hombros.

Rutier cayó de bruces, lanzando un aullido. Hizo un esfuerzo y se puso a gatas. El palo le golpeó despiadadamente en las posaderas. Volvió a caer y la madera actuó ahora contra la cara posterior de los muslos.

—Basta, basta —gimió Rutier—. Se lo diré...

—Bien, ya escucho —dijo el joven, tranquilamente.

—Antes deme un poco de agua...

—Mejor vitriolo, ¿no te parece? Vamos, respóndeme de una vez.

—Zake... Chain... —jadeó el hampón.

—¡Chain! —repitió Floyd, atónito.

¿Dónde había oído aquel nombre antes de ahora?

—Dame su dirección —pidió.

—Mil cuatrocientos, calle noventa y dos Este... Pero le diré que usted...

Floyd rió burlonamente.

—¿Tú? ¿Qué le vas a decir? Te pegaría cuatro tiros, así que lo mejor que puedes hacer es cerrar el pico.

Rutier se quedó parado, porque sabía que su visitante tenía razón. El genio de Chain era malísimo cuando se enteraba de que alguno de sus subordinados le había traicionado.

—Ah, por cierto —dijo Floyd, cuando ya se disponía a abandonar el departamento—. ¿Quién tiene la fotografía que tomaste hace días, cuando una joven robaba un collar en una joyería?

—Chain.

—Está bien.

Penosamente, Pop se puso en pie, una vez se hubo quedado a solas. Fue a una consola, destapó una botella y bebió largamente, del gollete. El fuego del alcohol le hizo toser, pero también le hizo sentirse algo mejor.

Volvió a beber. Después del segundo trago, lanzó un juramento. Aquel tipo se había ido, pero él le encontraría. ¿No había mencionado a la ladrona de la joyería? Puesto que sabía dónde vivía, iría a verla y...

De repente, se dio cuenta de que no estaba solo.

Volvió la cabeza. Una mujer, enlutada de pies a cabeza, estaba en la sala, frente a él, a pocos pasos de distancia.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Ella, avanzó un poco. Su mano derecha estaba en el interior de un bolso de piel negro. De pronto, la sacó y enseñó un revólver, al mismo tiempo que alzaba el fino velo que cubría sus facciones.

—¿Me reconoces, Pop Rutier?

El hampón lanzó un grito de sorpresa.

—Tú...

—Sí, la misma, Ellie May Roberts, la mujer a quien quemaste la cara y los senos con ácido, porque se hartó de soportar la abyecta esclavitud a que la tenías sometida. He tardado mucho en encontrarte, pero, al fin, lo he conseguido. Pop, cuando estaba en el hospital, padeciendo atrocemente, me juró a mí misma que un día te haría pagar muy caro lo que me hiciste.

—¡Ellie, no cometas una tontería! ¡Aguarda, por favor! —chilló Rutier, enloquecido por el pánico.

La joven sonreía extrañamente.

—El ácido destruyó lo que una mujer más apreciaba; su belleza. Bien, ha llegado la hora de mi venganza.

—¡Ellie May, no me mates!

—No temas. Pop, no te mataré..., ¡pero, a partir de ahora, ya no serás hombre!

El revólver apuntaba al estómago del hampón. Súbitamente, Ellie May inclinó el cañón y disparó tres veces, mucho más abajo del cinturón. Rutier cayó de espaldas, aullando como un poseído, a la vez que daba unos saltos epilépticos, a causa del horrible dolor producido por los balazos.

Ellie May rió satisfecha. Guardó el revólver y se quitó el velo. A continuación, hizo lo mismo con el traje negro. Debajo había un sencillo vestido floreado. Sacó unas gafas oscuras del bolso, se las puso y abandonó el piso, sin cuidarse en absoluto de los alaridos que profería Rutier.

En el ascensor se quitó los guantes negros y los metió en el bolso. Respiró satisfecha. Ahora ya podría dormir tranquila. Rutier ya no volvería a molestar a ninguna mujer.

Joyce Bullit arqueó las cejas al reconocer a su visitante.

—Creí que se habría ido al Polo —dijo.

Floyd respingó.

—¿Por qué?

—Hombre, tantos días sin noticias...

—He tenido trabajo.

—Seguro. Venga, siéntese y relájese. Lamento no tener a mano las zapatillas y el periódico, pero es que no estoy entrenada todavía para el papel de esposa amante y sumisa.

—No se burle de mí. Trato de ayudarla, Joyce —refunfuñó él.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Han pasado unos días.

—Hoy mismo he recibido una llamada. No sé quién era el tipo, pero me anunció que tengo un cliente. Ya debe de estar a punto de llegar.

Floyd miró fijamente a la hermosa joven que tenía ante sí. Joyce resultaba mucho más atractiva, a causa de las pupilas verdosas, que le conferían un cierto aspecto exótico, al contrastar con la blancura de su piel y el negro intenso del cabello.

—Déjelo de mi cuenta —dijo al fin—. ¿Tiene algo de café?

—Creí que le gustaría más un trago...

—Café.

—Está bien.

Joyce fue a la cocina. Floyd apreció que vestía una bata corta, de estilo oriental, con dibujos de vivos colores en la espalda. Las piernas eran preciosas, se dijo, embobado.

Mientras aguardaba a que ella trajera el café, trató de recordar detalles de la conversación con Rutier. El nombre de Chain... le sonaba vivamente, pero parecía como si tuviese bloqueada la zona de memoria donde estaba oculto el suceso que le había hecho oír el nombre por primera vez.

Joyce volvió minutos después y llenó las tazas.

—Sé quién es el jefe de Rutier —dijo él.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—¿Y bien?

—Iré mañana a verle. Luego me dedicaré a estudiar el terreno.

—Comprendo. ¿Qué le dirá?

—Simplemente una cosa: «Deme usted la fotografía y el negativo en que aparece una linda chica robando un collar de perlas».

—Ya. Se lo dará sin más.

—Por supuesto. Soy muy persuasivo.

En aquel instante llamaron a la puerta. Joyce alzó la cabeza maquinalmente.

—No se preocupe, yo abriré —dijo el joven.

Floyd se puso en pie, cruzó la sala y el pequeño vestíbulo y abrió. Un hombre alto, rubicundo, de aspecto jovial, apareció ante sus ojos.

—Hola, pequeña —dijo, antes de darse cuenta del error

cometido.

Floyd sonrió amablemente.

—¿Le gusta mi aspecto? —dijo con voz aflautada—. A veces me agrada vestirme de hombre.

—Oiga, no tengo ganas de bromas. Me han dado una dirección.

—¿Wayne, el recepcionista del Clarendon?

—No, él sólo citó un número de teléfono. Eh, ¿cómo lo sabe?

—Porque a mí también me dio el número del teléfono, sólo que fue antes que usted y, naturalmente, he llegado en cabeza del pelotón. Por tanto, me pertenecen los servicios de la dueña de este piso.

El hombre hizo un fruncimiento de cejas.

—Cuando vea a ese tal Wayne, le voy a romper...

—No le haga nada. Escuche, yo le daré otra dirección mucho mejor. Aguarde un instante.

Floyd sacó su agenda de notas, escribió unas cuantas palabras rápidamente, arrancó la hoja y se la entregó al sorprendido individuo.

—Vaya aquí y pregunte por Melissa. Es algo sensacional, se lo aseguro —dijo.

—Una amplia sonrisa iluminó el sonrosado rostro del sujeto.

—Gracias, amigo, lo tendré en cuenta.

La puerta se cerró. A espaldas de Floyd sonó una voz sarcástica.

—Vaya, usted también conoce direcciones de damas complacientes —dijo Joyce.

—Melissa pesa ochenta kilos, tiene cuarenta y seis años, está casada, con tres nietos, y es sargento de la rama femenina de la policía.

—¡Oh...! —Joyce lanzó una alegre carcajada—. Entonces, ese tipo se va a divertir.

—Supongo que no se sentirá tan hambriento como para intentar conquistarla. Melissa, además, es experta en judo.

Joyce silbó.

—Tiene usted buenas amistades —comentó.

—Sí; debo admitirlo —repuso él—. Ese condenado Chain..., ¿dónde diablos he oído yo su nombre antes de ahora?

—¿Quién es Chain, Mike?

—El jefe de Rutier. Bueno, gracias por el café.

—¿Se marcha ya?

—Sí. Cuando salga de casa, cómpreme unas zapatillas. En todo caso, yo traería el periódico.

—Oír es obedecer, oh, mi amo —dijo ella, burlonamente.

Floyd se dirigió hacia la puerta. De pronto, lanzó un agudo grito:

—¡Ya está!

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó ella.

—El hombre atacado por el tiburón..., ¿era hermano de Zake Chain?

Joyce se quedó atónita, pensando en que Floyd se había vuelto loco.

—¿Un tiburón? —repitió.

—Sí, eso he dicho —contestó el joven, a la vez que abría la puerta.

Cuando llegó al hotel, en donde seguía ocupando su habitación, Floyd se dirigió al mostrador de recepción.

—Suba a verme cuando termine, Wayne.

El recepcionista le miró recelosamente, pero acabó por asentir:

—Sí, señor.

Una hora más tarde, Wayne llamaba con los nudillos a una puerta. Floyd abrió, con la sonrisa en los labios.

—Pase, pase, Wayne —invitó—. ¿Es su nombre o el apellido?

—El apellido es Dickson, señor.

—Oh, comprendo. Wayne, ¿ha oído hablar alguna vez de Zake Chain?

—No, señor.

Floyd miró al sujeto un tanto oblicuamente.

—Wayne, usted tiene un buen puesto en este hotel. No le gustaría perderlo, ¿verdad?

Dickson sonrió.

—No, pero tampoco veo qué podría hacer usted para conseguir que me despidieran. Soy muy apreciado...

—Sí, salta a la vista. Pero usted podría salir de aquí con un ojo negro y los labios partidos. Y yo diría que usted había subido a mi habitación con intenciones..., vamos, que me había tomado el número cambiado. A la dirección del hotel no le gustaría un escándalo semejante, ¿comprende?

Dickson se puso pálido.

—Usted no puede hacerme eso...

—Ya lo creo que se lo haré. Sobre todo, si no me dice qué sabe de Zake Chain.

Hubo un instante de silencio. Al fin, Dickson citó una dirección.

—Es todo lo que puedo decirle —añadió.

—Muy bien, Wayne. —Aquellas señas coincidían con las que Rutier le había dado—. Ya puede largarse..., y guárdese muy mucho de mencionarme o le costará algo más que un ojo negro y la boca partida. ¡Fuera, cerdo!

Dickson se marchó, conteniendo difícilmente la cólera que sentía. Pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que había estado a un paso del despido. Lo mejor era ser discreto, pensó.

Mientras tanto, Floyd hacía una llamada telefónica a una agencia de recortes de Prensa. Después de citar la fecha y el lugar, aguardó la respuesta, que le llegó una hora más tarde.

—Se llama Phyllis Cook y reside en los Apartamentos Pembroke —dijo su informador—. También tenemos su fotografía. ¿Quiere una copia?

—No, gracias; con el nombre y la dirección tengo más que suficiente —contestó el joven.

CAPÍTULO V

Floyd madrugó un tanto al día siguiente, aunque hasta las nueve de la mañana no llegó a su destino. Con ojo crítico, apreció el lujoso corredor, decorado en blanco y oro, y la espesa alfombra roja que cubría el pavimento.

—Chain tiene buen gusto —murmuró, mientras apretaba el timbre de llamada.

Un tipo llamado Ray Legham abrió instantes después, con los ojos todavía cargados de sueño. Vio a un hombre y se dio cuenta de que un puño salía disparado contra su barbilla... y ya no sintió más.

Floyd se inclinó sobre el caído. Había ido preparado para la ocasión y le ató las muñecas y los tobillos con sendos trozos de cordón de seda. Luego arrastró el cuerpo del sujeto, hasta dejarlo tras un diván.

Alguien, en el interior del apartamento, habló con voz soñolienta:

—¿Quién es, Ray?

—No se preocupe, jefe; se habían equivocado de puerta —contestó el joven, con voz un tanto gruesa.

Posiblemente, la voz del guardaespaldas era distinta, pero Floyd confiaba en que el sueño que todavía poseía a Chain le hiciese pasar por alto el detalle. A fin de evitar sorpresas desagradables, dejó pasar casi diez minutos.

Luego, pisando de puntillas, llegó a un espectacular dormitorio. La cama le pareció una cancha de tenis. Chain dormía boca arriba. Vuelta de espaldas a él, había una rubia, cuya abundante cabellera le tapaba la cara por completo. En cambio, la espalda quedaba al descubierto, hasta más abajo de la cintura.

Floyd tanteó primero en la mesilla de noche. Luego, muy lentamente, metió la mano bajo la almohada. Sí, allí estaba el revólver de Chain, un «Colt», calibre 38, de cañón corto.

Tocó el hombro de Chain.

—Zake —llamó.

Chain abrió un ojo. De súbito, vio al hombre que estaba en pie, junto a la cama, y se sentó de golpe.

—¿Qué diablos hace aquí? —exclamó.

La rubia empezó a despertarse.

—¡Oh, Zake, querido! ¿Por qué no te callas ya?

—¡Cierra el pico, estúpida! Vamos, hable, ¿quién es usted?

—Me llamo Mike Floyd —dijo el joven, sonriendo ampliamente.

La rubia abrió un ojo, vio que había un extraño en el dormitorio y se sentó, sin darse cuenta de que no llevaba encima una sola prenda de ropa.

—¡Zake! ¿Qué hace este hombre aquí? —gritó.

—Contemplar su belleza, señora —rió Floyd.

—¡Tápate, idiota! —aulló Chain.

Ella se subió la sábana hasta los hombros.

—Esto no me gusta, Zake —protestó.

—Calla de una vez, Phyllis, maldita...

Floyd arqueó las cejas.

—¿Phyllis Cook? —dijo.

—Sí —admitió la rubia—. ¿Me conoce usted?

—Estaba en Harras Harbor, el día en que su acompañante murió atacado por un tiburón.

Phyllis se estremeció.

—¡No me lo recuerde! —dijo—. Cada vez que pienso en ello, se me ponen los pelos de punta.

Chain frunció el ceño.

—De modo que tu enfermedad... fue un pretexto para irte a pasar unos días con mi hermano...

Phyllis enrojeció violentamente.

—Lo siento, Zake...

—Luego hablaremos tú y yo —dijo Chain, amenazadoramente—. Usted, Floyd, ¿qué es lo que pretende?

El joven retrocedió unos pasos. Agarró la bata que había sobre una mesa y se la tiró al dueño del departamento.

—Póngasela —indicó—. Quiero que me atara su caja fuerte.

—Se trata de un robo, ¿eh?

—Como quiera. Vamos, Chain, no está en condiciones de

discutir mis órdenes.

El sujeto obedeció.

—Sígame —indicó.

—Recuerde esto: su propio revólver estará en todo momento a un palmo de su nuca.

—No lo olvidaré, descuide.

—Chain entró en un lujoso despacho. Se acercó a la pared, hizo girar un cuadro y la caja fuerte quedó al descubierto.

—No intente ninguna jugarreta. Si tiene un arma guardada ahí, olvídela —dijo Floyd.

Chain guardó silencio. Al fin, la puerta de la caja giró a un lado.

En el mismo instante, la mano de Floyd se movió con gesto fulgurante. Chain gruñó algo y se desplomó al suelo sin sentido.

Floyd llevaba en el bolsillo posterior una bolsa de plástico, muy fina. Salvo el dinero, todos los papeles y objetos que había en el interior de la caja, fueron a parar a la bolsa. Al terminar, cerró y regresó al dormitorio.

Phyllis se había levantado ya y había cubierto su cuerpo con una bata. Al ver entrar al joven, le miró temerosamente.

—Voy a darte un consejo —dijo él.

—Sí...

—Vístete del todo y lárgate de aquí cuanto antes. Zake despertará dentro de unos minutos y su humor será malísimo. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—Sí, perfectamente. Oye, me gustaría hablar contigo más extensamente.

Floyd sonrió.

—Sé que vives en los Apartamentos Pembroke. Ya iré a verte..., pero no pierdas tiempo y vete cuanto antes.

Phyllis siguió el consejo. Diez minutos más tarde, abandonaba la casa, justo cuando Chain empezaba a despertarse.

Al volver a la consciencia, Chain maldijo en todos, los tonos posibles. Fue al baño, se arrojó un poco de agua en la cabeza y luego salió, llamando a su guardaespaldas a voz en cuello:

—¡Ray, maldito! ¿Dónde diablos te has metido?

—Aquí, jefe... —sonó una voz desmayada, al otro lado de un diván—. Estoy atado...

Chain lanzó una horrorosa maldición. Arrastró a su esbirro por

los tobillos hasta el centro de la sala y le asesto un par de patadas en los riñones. Se hizo mucho más daño que Legham, porque estaba descalzo y el pulgar se le torció de mala manera. Al fin, comprendiendo que la ira no le serviría para nada, buscó un cuchillo y cortó las ligaduras que todavía inmovilizaban al sujeto.

—Ese tipo... me atacó sin previo aviso...

—Claro, hombre, no iba a anunciarlo en los periódicos — contestó Chain sarcásticamente.

De repente, vio una expresión de terror en el rostro de Legham. Volvió la cabeza y divisó a dos sujetos de ropas un tanto oscuras, ambos armados con sendas pistolas provistas de silenciador.

Las pistolas chasquearon varias veces. Chain y Legham gritaron horriblemente al sentir en sus carnes los impactos de bala, pero el apartamento era a prueba de ruidos.

Dos disparos, dirigidos a la cabeza de las víctimas, aseguraron a los asesinos que la «ejecución» había sido realizada acertadamente.

Mientras contaba los billetes, Tick Mowatt dijo:

—Es todo lo más que puedo darte, nena.

Joyce Bullit frunció el ceño.

—Vale diez de los grandes, Tick.

—Sí, pero tendré que vender las perlas una a una, y eso las deprecia mucho. Tres mil por ser tú. A otro le daría mil...

—Está bien, vengan los tres mil.

Momentos después, Joyce tenía los billetes en el interior de su bolso. Tick Mowatt, próximo a los sesenta, calvo, con antiparras y sonrisa zorruna, dijo:

—A ver si me traes pronto otra cosita por el estilo, guapa.

—Lo dudo mucho. Creo que voy a retirarme del oficio.

—No me digas...

—Está dicho. Adiós.

Joyce salió a la calle y taconeó airosamente, hasta alcanzar su coche, estacionado a dos manzanas de distancia. Media hora más tarde, abrió la puerta de su departamento.

Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios, al ver a Floyd sentado ante una mesa baja, en la que había multitud de papeles y una libreta con tapas negras. Floyd sonrió y alzó una tirita de algo flexible, en parte transparente.

—El negativo —dijo—. Aquí tienes también la fotografía.

Joyce lanzó el bolso a un lado.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó.

Vagamente, entrevió un periódico junto al diván, pero no hizo el menor caso. Contempló la fotografía unos instantes y luego miró al joven.

—Eres muy hábil —sonrió.

—No me gustaba que una chica como tú estuviera constantemente con un puñal a la espalda —dijo Floyd. Blandió la libreta—. Aquí hay casi cincuenta nombres y direcciones.

Joyce lanzó un silbido.

—Fantástico —dijo—. ¿Qué piensas hacer?

—Bien, ahora había empezado a comparar los nombres con las fotografías y documentos comprometedores que había en la caja de Chain. Los devolveré a sus propietarias y así se considerarán libres.

—Una buena idea, Mike. Te lo agradecerán. Y yo también, por supuesto.

—No tiene importancia —sonrió él—. A propósito, ¿dónde está el collar?

Joyce respingó.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo.

—Tienes que devolverlo. No podía pedírtelo, mientras Chain tuviese en su poder la fotografía y el negativo.

—Lo siento. Acabo de venderlo, Mike.

Floyd lanzó una interjección de cólera.

—¿Tanta prisa te corría?

—Casi no tengo dinero...

—Podías haberme pedido un préstamo; te lo hubiera concedido de buena gana. Eso me habría salido menos caro que comprar el collar de nuevo.

Joyce estaba a punto de echarse a llorar.

—No lo sabía...

—¿Cuánto te han dado?

—Tres mil, Mike.

—Tres mil, por algo que vale el triple, si no más. —Floyd levantó los ojos al cielo—. Algunas mujeres no tienen remedio —masculló.

—Pues tú podías haber dicho algo antes —protestó Joyce, repentinamente furiosa—. Además, a otro no le hubiesen dado ni

mil...

—Sí, eso es lo que dicen todos los «peristas» —contestó él, sarcástico—. Está bien, me darás los tres mil y yo pondré lo que falta.

—Pe... pero te pedirán mucho dinero...

—Ya lo recuperaré cíe tu sueldo.

Joyce saltó en su asiento.

—¿Mi... sueldo?

—Sí. A partir de ahora eres mi secretaria.

—¿Para todo?

—No soy tan exigente, nena.

—Ah, entonces es que no me crees guapa.

Floyd arrugó el entrecejo. De pronto, se estaban tuteando, pensó.

—Nena, los negocios son los negocios —contestó—. Indícame la dirección del «perista» y yo iré a visitarle.

—Muy bien, pero ¿no quieres un poco de café?

Floyd miró a la joven que sonreía cautivadoramente.

—¿Cómo se te ocurrió meterte a ladrona? —preguntó.

Joyce se encogió de hombros.

—Cosas —dijo—. Se puso en pie y caminó hacia la cortina. —A la tarde tendrás las zapatillas— indicó, por encima del hombro.

—Todavía no es hora. Ya te diré cuándo debes comprarlas.

Al quedarse solo, Floyd encendió un cigarrillo. Luego desplegó el periódico y empezó a leerlo.

Cinco minutos más tarde, cuando ella entraba con el servicio de café en las manos, lanzó una exclamación:

—¡Bayos!

—¿Qué pasa? ¿Algo malo?

El rostro de Floyd se oscureció. Joyce se alarmó.

—Vamos, hombre, no me tengas sobre ascuas —dijo Ellie.

—Ellie May ha cumplido su palabra —murmuró Joyce.

—¿Cómo?

—Ayer, y a juzgar por la noticia, poco después de haber abandonado yo la casa, Ellie May. Roberts fue a ver a Pop Rutier y le disparó tres tiros.

—¡Le ha matado!

—Peor. Rutier es ahora un eunuco.

Joyce lanzó una exclamación de horror.

—Ahora comprendo el significado de sus palabras —murmuró Floyd pensativamente—. Rutier destruyó su belleza y ella le ha herido en donde más daño podía hacerle, sin quitarle la vida. Es una mujer tenaz —añadió—; apostaría algo a que ha estado siguiéndome todos estos días, hasta que supo al fin que yo había localizado a Rutier.

—¿Piensas decir algo a la policía?

—No —contestó—. Ya la encontrarán..., aunque hay tipos que se merecen lo que les sucede. Algún día tú podrías haberte cansado de esta vida y la fotografía no te hubiera importado en absoluto. Rutier te hubiese cortado la cara, tal como anunció..., o te la habría quemado con ácido. Dejemos esto, Joyce; lo que interesa ahora es recobrar el collar.

—Espero que Mowatt se muestre comprensivo —suspiró ella, en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

CAPÍTULO VI

Floyd quedó en el mismo sitio, estudiando con toda atención la libreta de tapas negras. De pronto, oyó una exclamación de sorpresa, que brotaba de los labios de la joven.

—Pero ustedes no pueden...

Las cortinas se abrieron. Joyce reapareció, seguida por tres hombres.

Uno de ellos encañonó a Floyd con la pistola. El joven se irguió lentamente.

—Muchas gracias por su comprensión, señor Floyd —dijo uno de los recién llegados—. Mi nombre, por si le interesa, es Mallory Hald. Estos dos son unos buenos amigos míos y se llaman Keeth Ransome y Douglas Hilson.

—¿Su secretaria? —preguntó el individuo, refiriéndose a Joyce.

—Sí —contestó Floyd.

Hald sonrió. Era un hombre alto, de aspecto distinguido, con canas en las sienes y vestido con discreta elegancia. En la solapa izquierda de su bien cortada chaqueta, se divisaba una gardenia blanca.

—Tendrán que dispensarnos por esta intrusión —continuó Hald —, pero es el caso que no nos ha convenido hasta ahora. Durante días, le hemos seguido, señor Floyd, hasta que al fin hemos creído conveniente tomar la iniciativa.

—¿Puedo saber en qué sentido? —preguntó el joven.

Hald señaló la mesa.

—Carga con todo eso, Keeth —ordenó.

—Sí, señor.

Ransome: había traído consigo una gran cartera de mano. Inmediatamente, empezó a echar al interior de la misma todo cuanto había extraído Floyd de la caja fuerte de Chain. Al terminar se retiró unos pasos.

—Señor Floyd, conozco su fama, por lo que le aconsejo nos deje en paz —dijo Hald con gran amabilidad—. A partir de ahora, el negocio de Chain es mío. No intenten molestarme o les aplastaré como simples cucarachas.

—Cincuenta chicas, a quinientos semanales, son veinticinco mil —dijo Floyd fríamente.

—Más otras tantas, que ya pertenecían a mi colección —sonrió Hald—. Es un negocio muy saneado y, lógicamente, no puedo permitir que me lo estropeen. Procuren entender bien esto que les he dicho y vivirán muchos años.

Hald echó a andar hacia la puerta, seguido de sus esbirros. Hilson retrocedió, sin dejar de apuntarles con la pistola.

Al quedarse solos, Joyce se echó a llorar.

—Oh, Mike, ahora volverán a obligarme... Se han llevado la fotografía.

Floyd sonrió, a pesar de que sentía una cólera terrible.

—Pude apartarla a tiempo, lo mismo que el negativo —contestó—. Pero lo primero que debemos hacer ahora es recobrar el collar.

—Iré contigo —dijo ella.

Floyd corrió hacia la puerta. Abrió y un hombre se volvió hacia ellos.

—El jefe ha dicho que permanezcan aquí todavía dos horas —sonrió—. Yo estoy encargado de que se cumula esa orden.

Floyd miró un instante al sujeto, que no era ninguno de los dos que habían entrado con Hald y luego cerró de golpe.

Joyce se sintió muy afligida.

—Oh, ya no podremos hacer natía... Tick deshará el collar; seguramente ya tendrá comprador...

—Sí que es rápido —gruñó él.

—Se lo dije por teléfono hace algunos días. Tick manifestó que buscaría un comprador, hoy, cuando fui a verle, dijo que no le había encontrado, pero yo sé que mentía. No creo que venda las perlas una a una...

El joven tenía los ojos entornados.

—Hemos de salir de aquí como sea —dijo pensativamente—. Joyce, ¿tienes por ahí algún pulverizador? Perfume, insecticida..., lo que sea...

—Sí, en la cocina.

—Tráelo, rápido.

Ella corrió a obedecer la orden. Cuando volvió, Floyd le hizo una pregunta:

—¿Hay montacargas para la ropa sucia, paquetes y demás?

—Sí, está al final del corredor.

—Muy bien. Joyce, tú abrirás la puerta de golpe cuando te lo indique. Del resto me encargo yo, ¿has comprendido?

La joven hizo un gesto afirmativo, Floyd comprobó el buen funcionamiento del pulverizador de insecticida y luego se situó frente a la puerta.

—Ahora —dijo.

Joyce abrió de un tirón. El vigilante se volvió, justo a tiempo para recibir en pleno rostro una rociada de líquido pulverizado.

Inmediatamente, de modo instintivo, se tapó la cara con las manos, a la vez que emitía un atroz rugido. Floyd alargó la mano y tiró del cuello de su chaqueta, mientras que, después de haber soltado el pulverizador, disparaba el puño derecho con todas sus fuerzas.

El esbirro se dobló agónicamente. Floyd le golpeó detrás de la oreja. Fue el final de una brevísima pelea.

—¿Debo aplaudir? —preguntó Joyce, atónita—. Eres devastador...

—Será mejor que me indiques dónde está el montacargas.

—Ven, sígueme.

Floyd arrastró el cuerpo del hampón, que seguía inconsciente. Momentos después, le situaba sobre la plataforma del montacargas, que emprendió el descenso de inmediato hacia el sótano.

—¡Y ahora, vamos a ver a ese Tick Mowatt! —exclamó Floyd, a la vez que tiraba de la mano de la joven.

Cuando detenía el coche, Floyd vio salir a un hombre de la tienda de Mowatt.

—¡Caramba, qué sorpresa! —exclamó.

—Es Hald —dijo Joyce.

—Habrán ido a comprarle alguna joya robada. Espora aquí, preciosa.

—¿No crees que debo ir yo también?

Floyd se apeó del coche.

—Iré yo solo.

Momentos después, entraba en la tienda, que tenía el aspecto clásico del establecimiento de un hombre que compraba y vendía de todo. Además, pensó Floyd, debía de hacer préstamos. Y no cobraría un bajo interés, seguro.

Mowatt se acercó untuosamente al mostrador.

—El señor dirá...

—Esta mañana le han traído un collar de perlas. Valía diez de los grandes, pero usted sólo ha pagado tres mil. Hagamos un trato, Tick; yo le daré seis mil y usted me entregará ese collar.

Mowatt dejó de sonreír en el acto.

—No sé nada del collar —dijo fríamente.

Floyd sonrió.

—Tick, no le demos más vueltas al asunto. Quiero el collar y me lo llevaré aunque tenga que volver la tienda del revés.

—Le diré una cosa, amigo: tengo una alarma conectada directamente con la comisaría más cercana. Mi pie está apoyado sobre el timbre. Si no se marcha antes de cinco segundos, acudirá un batallón de policías. Tengo un negocio absolutamente honrado y no tolero que nadie venga a atracarme.

—No soy un atracador...

—Declarará que quiso robarme. Usted verá qué es lo que más le conviene —dijo M watt, sin abandonar su tono glacial.

Floyd paseó la vista por las estanterías de la tienda. Allí se vendía de todo: relojes antiguas, pequeños muebles, cacharros de todas clases, pájaros disecados, cornamentas de cérvidos... Hasta había algunas mandíbulas de tiburón, una de las cuales tenía un aspecto realmente terrorífico.

—¿Era Hald el que ha salido hace unos momentos de la tienda? —preguntó.

—Sólo le queda un segundo —respondió Mowatt, fríamente.

Floyd dio media vuelta. Instantes después, se sentaba junto a la joven.

—No traes buena cara —dijo ella.

—Mowatt ha negado saber nada del collar. Le ofrecí seis mil, pero no ha querido vender. Ni siquiera ha dado la sensación de que deseaba regatear y subir el precio. Cuando le amenacé, dijo que tenía una alarma conectada con la comisaría más próxima.

—¡Eso no puede ser! Tick es un «perista» conocido de todo el

mundo...

—Joyce, a algunos de estos tipos se les toleran ciertas actividades a cambio de informes en determinado momento. Es muy posible que Mowatt haya sido sincero cuando mencionó la alarma. For si acaso, no quise exponerme al riesgo de encontrarme detenido por atracador, ¿comprendes?

—Entonces, ¿no podremos devolver el collar?

—No lo sé... Tengo el presentimiento de que se lo ha llevado Hald. Pero el caso es que no sé dónde vive... Joyce, ¿tú recuerdas como era el collar?

—Sí, claro.

—¿Podrías conseguir uno idéntico?

—Desde luego.

—Sien, ya lo harás más tarde. Ahora vamos a tu casa nuevamente. Quizá lleguemos a tiempo.

—¿Para qué, Floyd?

—No conocemos dónde vive Hald, pero tenemos a alguien que puede indicarnos su domicilio.

—El vigilante...

—Sí, el mismo.

Cuando llegaron a los sótanos, el hampón yacía sin sentido todavía en el suelo de cemento. El empleado lanzó una mirada despectiva hacia aquel sujeto.

—Es un borracho asqueroso...

Floyd puso cinco dólares en la mano del guarda del edificio.

—Es un buen amigo mío —dijo—. La señorita también le conoce y vamos a llevarle a su casa, a fin de ayudarle a que se despeje un poco.

—Muy bien, como quieran. Es todo suyo.

Floyd se inclinó y cargó con el sujeto, echándoselo sobre el hombro izquierdo. Así entró en el ascensor, seguido de la muchacha.

Charlie Bolt abrió los ojos y parpadeó varias veces.

Todavía sentía un terrible escozor y las imágenes aparecían borrosas y deformes en sus retinas.

Alguien vertió agua tibia sobre sus ojos.

—Calma, amigo —dijo una voz amable—. Le estamos curando. No haga nada. En seguida se pondrá bien.

Bolt emitió un grueso taco.

—Cuidado, hay señoras delante —sonrió Floyd.

—Como antes dijo que no podíamos salir... Joyce, el collar —le recordó el joven.

—Sí, ahora mismo.

Joyce salió de la casa. Floyd acercó un vaso con *Whisky* a los labios del hampón.

—Anda, tómate un trago —dijo.

—Los ojos me escuecen todavía —se quejó Bolt.

—Espera un poco, pronto se te pasará.

Minutos después, Bolt pudo ver con normalidad. Entonces, reconoció al joven y lanzó un rugido de rabia.

—Usted...

—Te lo he dicho antes —sonrió Floyd, a la vez que hacía saltar en la palma de la mano la pistola que había hallado en una funda sobaquera—. Teníamos que salir, pero ya hemos vuelto, Charlie.

Bolt se sentó en el suelo y se tocó la oreja izquierda.

—Pega fuerte, amigo —rezongó.

—Sólo fue una caricia. Pero si quieres, puedo hacerte saber de verdad la fuerza que hay en mis golpes.

—No diré nada...

—Sin tu abogado, ¿verdad? —Rió el joven—. Charlie, sólo quiero que, me digas dónde vive Hald. Después, podrás marcharte tranquilamente.

—¿Qué pasaría si yo me negase a contestar a eso que me pide?

Floyd se sentó en el diván y apuntó con la pistola al sujeto.

—Charlie, me imagino que debes tener abundantes antecedentes y no precisamente por obras caritativas y benéficas. La señorita Bullit regresará muy pronto. Entonces, ella se rasgará la blusa y se hará algunos arañazos en su cuerpo. Cuando llegue la policía, declararemos que tuve que matarte, porque la sorprendí cuando intentabas violarla.

—Eso no es cierto...

—¿Podrás desmentirme después de muerto?

La cara de Bolt se puso gris.

—West Drive Road, ochocientos dos, Long Island —contestó.

Floyd consultó su reloj.

—Faltan quince minutos para que pasen las dos horas —sonrió

—. ¿Quieres otra copa?

—Bueno —rezongó Bolt.

—Eres un chico muy cooperador —dijo Floyd mientras llenaba dos *high-balls*—. ¿Te paga bien Hald?

—No puedo quejarme.

—Charlie, supongo que tú no irás a decirle lo que ha pasado. Sospecho que Hald tiene muy malas pulgas y te lo haría notar.

—Callaré, se lo aseguro.

—Eso está bien. Ahora, dime una cosa: ¿tiene Hald alguna mujer a la que pueda regalarle un collar de perlas?

—Bueno, se llama Hester Madigan y vive allí, donde le he dicho. Es terriblemente hermosa..., al jefe no le gusta que estemos por la piscina cuando ella se tuesta al sol.

Floyd soltó una risita.

—Celoso, ¿eh?

—No se lo puede imaginar.

—Bien, será cosa de hacer una visita a su residencia. Háblame de la casa, Charlie.

Bolt se sintió locuaz. Cuando terminó, Floyd apreció que había pasado ya el tiempo.

—Puedes irte —dijo—. Pero no quiero que te vayas sin un buen recuerdo mío. Esto te ayudará a mantener cerrada la boca, supongo.

Un rollo de billetes cambió de manos. Bolt miró, asombrado al hombre que tenía frente a sí.

—¡Caramba! —exclamó—. Me dan ganas de cambiar de patrón.

Floyd se echó a reír.

—No sería mala idea —dijo—. Charlie, tú podrías ayudarme...

El joven habló durante unos momentos. Al terminar, Bolt asintió con vigorosos movimientos de cabeza.

—Be acuerdo —dijo.

—Una última pregunta, Charlie. ¿Por casualidad, un tal Chain es competidor en el negocio de tu jefe?

—Chain ya no es nada. Le han liquidado esta mañana. Pero no me mire así, yo no he sido —afirmó Bolt, al apreciar la estupefacción que se reflejaba en el rostro de Floyd—. Lo han hecho Ernie y Sholto.

—¿Ernie y...?

—Es todo lo que sé de ellos. Son los ejecutores personales del

jefe, y si me dijeran que debía lamerles los zapatos, lo haría, créame.

—Un par de fieras, ¿eh?

—Un león, al lado de esos dos tipos, es cien veces mejor, se lo aseguro.

CAPÍTULO VII

Floyd contempló el collar y sonrió satisfecho.

—Parece el mismo —dijo.

—Es idéntico —contestó Joyce—. Pero no creo que puedas recuperar el auténtico...

—Veremos. Joyce, Chain y su esbirro han sido asesinados.

Ella sintió un escalofrío.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Floyd le relató la conversación que había sostenido con el vigilante. Al terminar, ella le contempló admirada.

—De modo que has conseguido persuadirle de que se pase a nuestro bando —dijo.

—Así es. Oh, no te vayas a creer que lo hace por amistad o porque se haya regenerado. Simplemente, le he prometido un sueldo semanal de quinientos.

—Eso es mucho dinero, tú. ¿De dónde lo vas a sacar?

Floyd sonrió sibilinamente.

—Ya te contaré otro rato. Ahora voy a preparar todo para ir a la residencia de Hald —respondió.

—¿Tiene el collar?

—Parece lo más lógico. Allí, en su lujosa villa, vive una hermosa mujer. Se llama Hester Madigan y Hald se siente tan celoso, que no permite que ninguno de sus numerosos esbirros merodee en torno a la piscina cuando ella se baña o toma el sol.

—Tiene espíritu de sultán —sonrió Joyce—. Bien, si te esperas un minuto, me cambiaré de ropa...

—¿Para qué? —se extrañó él.

—Voy a ir contigo. También yo estoy interesada en el collar, ¿comprendes?

—Joyce, esto puede resultar peligroso...

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Recuerda mi profesión. Tengo unos dedos con yemas muy sensitivas. Puedo ser te útil —manifestó.

—Está bien —cedió Floyd—. Date prisa.

Joyce corrió al dormitorio, para volver a los pocos minutos ataviada con una chaquetilla de cuero, *pullover* liviano de cuello alto y pantalones. Todas las prendas eran de color rojo vino, muy oscuras.

—Tienes un aspecto maravilloso —dijo él, embobado.

Joyce le empujó hacia la puerta.

—¡Soy tu empleada y no admito galanteos! —exclamó, alegremente—. De todos modos, estoy preocupada —añadió, cuando ya estaban en el pasillo.

—¿Por qué, muchacha?

—Chain tenía a cincuenta chicas en sus listas. Ahora han pasado a poder de Hald, quien las ha añadido a su cuadra, que contaba con otras tantas. Todas ellas, como tú dijiste en una ocasión, están con el puñal a la espalda, Habrá que hacer algo para ayudarlas, ¿no te parece?

—Sí, aunque eso puede esperar un poco. Antes es preciso que recobremos tu collar.

—Bueno, yo creo que no corre tanta prisa...

—Nena, si en la joyería se han dado cuenta, cosa que muy bien ha podido ocurrir, es posible que la policía ya esté en marcha. Quiero evitarte inconvenientes, ¿comprendes?

Joyce apretó los labios.

—Me costaría unos años de cárcel, si me echasen el guante —dijo.

—Procuraré que eso no ocurra, pero hay que recobrar el collar. Después, nos ocuparemos del resto.

Media hora más tarde, cuando ya viajaban en dirección a Long Island, Floyd dijo algo sorprendente:

—Joyce, nos siguen.

La joven emitió un pequeño grito de sorpresa.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó.

—No les veo bien, pero viajan dos en el coche que viene detrás de nosotros. Y si no me equivoco, son los que esta mañana asesinaron a Chain y a su esbirro.

Joyce sintió un escalofrío.

—Dentro de poco llegaremos a una zona solitaria...

—Estaré preparado, no te preocupes.

Las edificaciones se espaciaban a medida que el coche ganaba kilómetros. Treinta minutos después entraron en una carretera secundaria.

El camino estaba muy bien cuidado y aparecía flanqueado por una abundante vegetación. De pronto, Floyd enfiló una recta, al final de la cual se veía un puente sobre una corriente de agua bastante caudalosa.

El río estaba a unos diez metros y podía llegarse a él con facilidad, debido al talud de la orilla. Floyd lo recordaba muy bien; no era la primera vez que pasaba por aquellos parajes.

—¡Agárrate bien, nena! —exclamó de pronto—. ¡Empieza la danza!

A través del retrovisor, Floyd pudo darse cuenta de que el coche perseguidor aceleraba brutalmente. El puente se hallaba ya a un par de cientos de metros de distancia.

Floyd aceleró también, aunque no tanto como el conductor del otro vehículo. Le interesaba dejarse alcanzar, pero a buena velocidad.

El puente se acercó fulgurantemente. Cuando el coche del perseguidor estaba ya a la altura del de Floyd, el pie del joven pisó a fondo el freno.

En el mismo instante el otro conductor golpeaba el volante a la derecha. La aleta de aquel lado no encontró el obstáculo deseado, y el vehículo se salió de la carretera a menos de diez metros del talud.

Al mismo tiempo, Floyd viraba un poco a la izquierda, a fin de entrar en el puente. Joyce miró hacia su derecha. En aquel instante, el coche de los pistoleros descendía como una bala por el terraplén.

Un segundo después, se hundió en el río, con gran alboroto de espuma. Floyd pudo detener su vehículo a la salida del puente y saltó al suelo.

El otro automóvil se había hundido hasta el techo. De pronto, un cuerpo humano pasó a través de una ventanilla. La corriente le arrastró hacia abajo.

—Ha quedado otro atrapado dentro del coche —dijo Joyce.

—Sí.

Ella se volvió hacia Floyd.

—¿No vas a hacer nada? —exclamó.

—¿Estás loca? Esos tipos querían matarnos. Probablemente, además, son los asesinos de Chain y de su guardaespaldas. Quizá uno de los dos se salve..., pero no pienso levantar un solo dedo para ayudarles.

Joyce se estremeció al ver el coche que se movía lentamente, arrastrado por la corriente. Era duro tener que actuar así..., pero, bien mirado, los pistoleros habían recibido la misma medicina que querían propinarles a ellos.

La corriente era bastante caudalosa y tenía una potencia más que notable. Floyd observó que el superviviente hacía esfuerzos desesperados para mantenerse a flote, aunque resultaba evidente que poco a poco se acercaba a la orilla.

—Vámonos —dijo de pronto.

—El automóvil arrancó de nuevo. Treinta minutos más tarde, cuando ya caían las sombras de la noche, pasaron por delante del alto muro que encerraba una propiedad.

—Ahí reside Hald —indicó Floyd.

El coche siguió rodando. Dos kilómetros más adelante, Floyd se adentró por un camino secundario, de tierra, y lo detuvo en un punto desde el cual no podía ser visto por los conductores que circulaban por la otra carretera.

—Esperaremos aquí —dijo.

—El pistolero puede volver antes que nosotros —alegó Joyce.

—Primero, hay más de veinte millas. Segundo, si bien puede hacer «auto-stop», creo que le conviene más no llamar la atención acerca del accidente. Por tanto, es posible que llegue a pie y hasta casi me atrevería a decir que a campo traviesa. Es un tipo que no está habituado a caminar, por lo que llegará, en el mejor de los casos, a la madrugada. Y para entonces, tú y yo habremos desaparecido ya de la escena.

—Son unos cálculos acertados, pero puedes equivocarte —dijo ella.

—En todo Caso, estaré preparado.

Pasadas las once de la noche, Floyd detuvo el coche a unos doscientos metros de la tapia y saltó al suelo. Antes de alejarse,

entregó un revólver a la joven.

—Si oyes jaleo en el interior, dispara unos cuantos tiros y escapa a toda velocidad. No te preocupes de mí, ¿entendido?

—Pero...

—Haz exactamente lo que yo te digo.

Floyd echó a correr hacia la tapia. Muy preocupada, a pegar del acento de seguridad que él había puesto en sus indicaciones, Joyce le vio llegar al muro y saltar hacia arriba, para agarrarse al borde superior. Instantes después, Fluya desaparecía de su vista.

Temía por el joven, pero, de pronto, se notó perpleja. ¿Qué le había hecho interesarse tanto por un hombre al que apenas si conocía?

Joyce se sabía hermosa y deseable y había recibido infinidad de proposiciones, unas honestas, otras no tanto y algunas, en fin, absolutamente descaradas. Pero Floyd ni siquiera había intentado darle un beso. «¿Acaso no le gustaba?», se preguntó, un tanto despechada por la frialdad del joven.

Los pies de Floyd tocaron silenciosamente el suelo herboso del jardín. Al fondo, divisó luces entre la arboleda. La propiedad era bastante extensa e incluso hacía una suave pendiente, en cuya cúspide se hallaba la residencia, Paso a paso, fundiéndose con las sombras, caminó hasta hallarse en las inmediaciones del edificio.

De pronto, a través de una de las ventanas, oyó una voz bronca:

—¿Aún no han vuelto esos dos?

—Todavía no, señor Hald —contestó alguien.

—Me pregunto qué diablos les pasará. Ya tenían que estar aquí...

Una mujer intervino de pronto:

—¿Vas a esperarles levantado, querido?

—Si Además, tengo algo de trabajo... Keeth, yo estará en mi despacho; avísame en cuanto lleguen. Charlie, Douglas, a, vigilar el jardín, por turnos.

—Yo me voy a la cama —dijo la mujer—. Buenas noches, cariño.

Floyd miró hacia las ventanas del primer piso. Las indicaciones de Bolt iban a resultarle preciosas, se dijo, mientras se agazapaba al pie del edificio, en el lugar más sombrío.

Un individuo pasó a pocos metros de él. Floyd aguardó a que

estuviera lejos y luego se incorporó lentamente.

Había una hiedra de tronco robusto y resistente y lo tanteó antes de iniciar la ascensión. Segundos más tarde, se izaba a pulso hasta el antepecho de una ventana, cuyo bastidor estaba abierto a causa de la excelente temperatura. Floyd alabó los gustos anticuados de Hald, que le habían impedido poner aire acondicionado en el edificio.

Pasó al otro lado. El dormitorio era enorme, con una gigantesca cama de dosel, sostenido por cuatro columnas salomónicas. Al fondo había un saloncito que formaba parte de la misma pieza. Sobre la mesa divisó una caja ovalada, de color negro.

Floyd sonrió. De pronto, cuando ya iba a acercarse a la mesa, oyó el ruido de una puerta que se abría.

Una hermosa mujer salió del cuarto de baño, vestida con una bata. Los gustos de Hald en cuestión de decoración podían ser anticuados, pero no cabía duda de que para las mujeres tenía unos gustos muy diferentes.

Ella era suavemente pelirroja y tenía el pelo largo, suelto sobre la espalda. Fue hacia la mesita, Abrió la caja y sacó el collar, que contempló con ojos llenos de satisfacción.

Aquélla era Hester Madigan, pensó Floyd. La joven estuvo unos momentos inmóvil y luego, casi bruscamente, volvió al dormitorio y se situó delante de un espejo de cuerpo entero.

Hester se colocó el collar. De pronto, Floyd tragó saliva.

Ella había dejado caer la bata y se contemplaba ante el espejo sin la menor prenda de ropa. Floyd comprendió que Hester se recreaba en la contemplación de su propia belleza sin velos.

Súbitamente, ella dijo:

—¿Le gusto?

Floyd parpadeó. Hester soltó una suave risita.

—Estoy viéndole a través del espejo —añadió—. Tiene usted una cara de tonto imponente. Vamos, salga de ahí y no haga el ridículo papel de mirón en dormitorio ajeno.

Floyd abandonó el escondite de las cortinas. Hester, impertérrita, siguió mirándole por el espejo.

—Bien, aún no me ha dicho si le gusto o no. ¿Qué le pasa, amigo?

—Me he quedado mudo.

Hester volvió a reír. Luego se inclinó, cogió la bata y volvió a ponérsela.

—¿Es usted un ladrón, amigo? —preguntó.

—Sí —respondió Floyd con toda desenvoltura.

—¿Puedo saber qué es lo que ha venido a robar?

Floyd se acercó a la joven y puso sus brazos en torno a su esbelta cintura.

—He venido a robarla a usted —dijo.

—¿Este collar?

—No, algo que vale infinitamente más. —Floyd se inclinó hacia adelante—. La belleza de una mujer vale más que todas las joyas del mundo —añadió apasionadamente.

—Pe... pero usted y yo... no nos conocemos...

—Ahora es la ocasión de entablar un conocimiento más íntimo, ¿no le parece?

Hester sonrió maliciosamente.

—Mi dueño está abajo —murmuró.

—Tu dueño, en estos momentos, soy yo —afirmó Floyd.

CAPÍTULO VIII

—Creo que necesito retocarme un poco el pelo —dijo Hester, poco después.

—Yo te encuentro guapísima —aseguró él.

—Tengo el pelo revuelto —insistió la joven.

Hester se encaminó hacia el cuarto de baño. El collar de perlas estaba sobre una mesilla de noche. Floyd sacó el que había comprado Joyce, tomó el otro y se dirigió hacia la ventana.

Hester salió del baño minutos más tarde y vio el dormitorio vacío. Al comprender que el desconocido visitante se había marchado, temió por el collar, pero se tranquilizó de inmediato, al darse cuenta de que seguía en el mismo sitio donde lo había dejado.

La pelirroja sonrió. Había sido un encuentro muy agradable, pensó. Lástima que no supiera quién era el hombre que había irrumpido de modo tan insólito en el dormitorio. Se preguntó a qué había entrado en la casa, si no se había llevado nada de valor.

Al fin, acabó por encogerse de hombros. Por fortuna, Hald no se había enterado de nada. Bostezó, se quitó la bata y se tendió sobre el lecho. Instantes después, dormía como un tronco.

Mientras tanto, Floyd aguardaba, agazapado al pie del edificio. Dos hombres charlaban a poca distancia y no le era posible abandonar su posición sin ser visto. Uno de ellos era Bolt, pero no podía comprometerle. En cuanto al otro, fuese quien fuera, dispararía contra él sin hacer preguntas.

De pronto, oyó voces a lo lejos. Dos hombres llegaron corriendo. Uno de ellos jadeaba y parecía al borde del agotamiento.

—No sé cómo diablos fallamos... Caímos al río y Ernie quedó dentro del coche...

—Será mejor que entres y se lo digas al jefe, Sholto —aconsejó alguien.

Así, pues, pensó, Floyd, el superviviente no había actuado como

él había calculado. Al menos, por completo, puesto que ya habían pasado tres o cuatro horas desde el momento del encuentro.

—He tenido que venir a pie casi todo el rato... Por fortuna, me encontré una bicicleta abandonada...

Floyd sonrió en la oscuridad, al pensar en el pistolero pedaleando frenéticamente, en un papel muy poco acorde con su profesión. Luego, notando que los guardianes se alejaban, decidió emprender la retirada.

Entonces, su pie derecho pisó una ramita seca que no había visto y el chasquido resonó casi con la fuerza de un disparo.

—¡Hay alguien en el jardín! —gritó uno.

Floyd decidió no perder más tiempo y se lanzó a todo correr en busca de la tapia. Sonó un disparo.

—¡Alto el fuego, imbéciles! —gritó Hald.

—Es un ladrón...

—No quiero, atraer la atención de la policía, estúpidos. Dejadle que se marche.

«Gracias, generoso», dijo Floyd, sin dejar de mover las piernas.

Hester se asomó a la ventana del dormitorio.

—¿Qué ocurre, muchachos? ¿Por qué ese disparo?

—Hay un ladrón, señora —contestó Bolt.

—¿Un ladrón? No habrá venido por el collar, supongo. Lo tengo yo...

Floyd consiguió ganar la tapia y saltar al otro lado. En el mismo instante, se encendieron los faros de un coche a poca distancia.

—Ven, Mike —llamó Joyce.

Floyd entró en el automóvil. Ella arrancó a toda velocidad.

—¡Dije que hicieras unos cuantos disparos! —exclamó él, furioso.

—Ya lo iba a hacer, pero entonces oí que alguien ordenaba alto el fuego. También a mí me pareció más prudente no alborotar la vecindad, creo.

Floyd procuró normalizar su respiración.

—Sí, tienes razón —convino—. Dispénsame, Joyce.

—Has tardado mucho —le reprochó ella.

—Tuve que aguardar a que Hester estuviera dormida —mintió Floyd. Metió la mano en el bolsillo y sacó el collar—. Aquí está.

—Eres mejor que yo —dijo Joyce, admirada—. ¿No se ha dado

cuenta del cambiazó?

—No.

Esta vez, Floyd era sincero. Mientras Joyce conducía, se reclinó en el asiento, sacó un cigarrillo y lo encendió placenteramente.

—Mañana enviaré el collar por correo, con una nota anónima. En cuanto lo reciba, el dueño de la joyería, desistirá de toda acción legal, si es que la había iniciado.

—¿Y después?

Floyd pensó en Phyllis Cook.

—Haré una visita de cortesía —contestó ambiguamente.

—Tú te llamas Phyllis Cook —dijo el hombre.

La rubia asintió, sin poder hablar, a causa del pánico que le inspiraban los dos sujetos que tenía frente a sí. No los había visto jamás, pero podía imaginarse fácilmente su profesión.

—Eras la chica de Chain —añadió Douglas Hilson, que era quien llevaba la voz cantante.

—Sí... —contestó Phyllis con un hilo de voz.

—Bien, eso ya ha pasado a la historia. Chain murió de una indigestión de plomo y tú te has quedado..., digamos viuda. Ya no eres propiedad particular de un individuo, ¿entendido?

—¿Qué es... lo que quieren de mí?

—Resulta sencillo de explicar. A partir de ahora, estarás en casa todos los días, a partir de las cinco de la tarde. Cuando venga un visitante, atiéndele, sé amable con él, cariñosa, llena de mimos..., en fin, lo que se suele hacer con alguien que busca un poco de afecto. Eso ya lo comprendes mejor, ¿verdad?

Algo se rebeló en el interior de Phyllis.

—¡Lo comprendo, pero no quiero! —exclamó.

Hilson se volvió hacia su acompañante.

—La chica es enérgica —comentó.

—Convéncela —dijo Ransome, escueto.

—No sé por dónde empezar... —Hilson fingió sentirse dubitativo—. Si le dejo señales, los clientes pueden protestar; no les gustan las chicas con la cara llena de parches.

—Dale unos cuantos golpes en el estómago y en los riñones. Las marcas se borran rápido, pero duelen mucho rato.

—Sí, eso creo que haré —convino Hilson, a la vez que avanzaba hacia la aterrorizada Phyllis.

—Caballeros —sonó de repente una vos—, cuando vayan a apalear a una mujer, cosa harto repugnante por otra parte, no dejen de cerrar la puerta con doble vuelta de llave.

Hilson y Ransome se volvieron en el acto. Los ojos de Phyllis se desorbitaron al reconocer al hombre que había entrado en el dormitorio de Chain pocos días antes.

—Creo que le conocemos —dijo Hilson, tras una corta pausa.

—Sí —convino Ransome.

—Es el tipo a quien le gusta meter las narices en asuntos que no son de su competencia. Deberíamos quitarle las ganas de hacer cosas así, ¿no te parece?

—Por mí, encantado.

Phyllis se tapó la boca con una mano para no gritar. A Floyd le iban a apalear bárbaramente. Ella conocía de sobras aquella clase de tipos, unos sádicos que sólo disfrutaban con el dolor ajeno.

Hilson avanzó en primer lugar, sonriendo satisfecho. Ransome quedó algo rezagado.

De súbito, Floyd amagó un golpe con el pie derecho. Hilson alargó los dos brazos para atraparle el tobillo, pero, en el mismo instante, el hombre que tenía frente a sí se elevó por los aires de un modo increíble.

Dos pies se dispararon súbitamente y golpearon un rostro humano. Hilson se desplomó de espaldas, tras un rugido horroroso, con la cara llena de sangre.

Ransome quedó un tanto aturdido, sorprendido por la velocidad de reacción del recién llegado. Cuando quiso atacar, era ya tarde.

Dos manos que parecían de hierro asieren su brazo derecho, retorciéndoselo a la espalda. Para evitar la fractura del miembro, Ransome giró en redondo. Floyd alzó la mano izquierda y, sin soltar la presa, empujó por la nuca al hampón.

El rostro de Ransome se estrelló contra la pared. Floyd repitió el golpe y luego soltó a su adversario. Ransome cayó al suelo como un guiñapo.

Phyllis estaba aturdida.

—Eres... aterrador... —dijo.

Floyd sonrió.

—No me gustan los tipos que pegan a las chicas bonitas —dijo.

Desarmó a los dos hampones, que continuaban en silencio.

Luego se encaró con la rubia.

—A ti te vi yo en Harras Harbor —dijo.

—Fue horrible —murmuró Phyllis—. Cuando vi emerger al pobre Tom, medio devorado por un tiburón...

—Mordido por unas mandíbulas de tiburón, que no es lo mismo —rectificó Floyd—. Y ni siquiera eran de un animal vivo.

Ella le miró, pasmada.

—Todo el mundo dijo...

—La gente estaba equivocada. No sé cómo lo hicieron, pero fue el asesinato más ingeniosamente planeado que he conocido. Lo que me interesa es saber por qué le mataron..., pero aguarda un momento; parece que estos dos rufianes empiezan a dar señales de vida.

Ransome y Hilson rebullían ya en el suelo. Floyd aguardó tranquilamente a que hubieran recobrado por completo el conocimiento.

—Esta chica no ejercerá la prostitución —dijo después—. Cuando vean a Hald, díganse así de mi parte. Y ahora, largo de aquí.

Los dos rufianes se marcharon, barbotando amenazas, mientras se limpiaban la sangre de la cara. Floyd cerró con doble vuelta de llave y se volvió sonriendo hacia la joven.

—Tuviste suerte de que se descuidaran. Yo había venido a verte, y vi que la puerta no estaba cerrada por completo. Escuché un poco y... Pero estábamos hablando de Tom Chain, preciosa.

—Mike, yo ni siquiera sabía que quisieran asesinarle —contestó Phyllis.

—Foro sí conocías sus negocios nada limpios.

Ella se encogió de hombros.

—Ya me figuraba que... que algo hacía, pero ¿podía evitarlo?

—Eras la chica de Zake y, sin embargo, te fuiste con Tom a Harras Harbor.

—Bueno, Tom me convenció de que fuese con él a pasar una semana en aquella playa. Decía que se podían capturar ostras... y mira, resultó verdad. En las ostras que él recogió pude encontrar una perla como la cabeza de un alfiler...

—Phyllis, nos estamos desviando de la cuestión —dijo Floyd—. ¿Te dijo Tom alguna vez que se sentía amenazado?

Ella pareció concentrarse.

—Bueno, no exactamente. Habló en cierta ocasión de un modo un tanto vago... Alguien quería quedarse con el negocio que él y su hermano llevaban a medias, pero no dio más detalles...

—¡Vaya una pareja de hermanos! —Rezongó Floyd—. Aunque sea poco caritativo, está mejor en el infierno. Phyllis, la última pregunta: ¿Escuchaste a Tom algún nombre?

—Held, me parece...

—Hald, preciosa —rectificó él. Se puso en pie—. Bien, gracias por todo y ahora, si me lo permites, voy a darte un consejo.

—Sí, Mike.

—Ya has visto las intenciones de esos dos rufianes. Si eres un poco sensata, harás el equipaje y te marcharás inmediatamente de la ciudad. A mil millas de distancia, mejor que a quinientas.

—¡Mike, no me atemorices! —exclamó Phyllis.

—Convendría que te enterases de lo que le sucedió a una que no se quiso plegar a los deseos de los dos hermanos. ¿Recuerdas lo que le pasó a Rutier?

—Sí, está en el hospital. Le pegaron tres tiros en... en...

—Ellie May Roberts fue desfigurada con ácido. Rutier le arrojó vitriolo a la cara y al pecho. Yo hablé con ella y juró que se vengaría. Phyllis, procura no verte como Ellie May.

—Me iré, pero..., ¿no te quedas un poco más? —dijo ella, insinuante.

Floyd levantó los ojos al cielo.

«Hay mujeres que no aprenderán jamás», pensó.

—Yo no tengo ninguna prisa, pero tú sí —se despidió secamente.

—La cosa está clara —dijo Floyd horas más tarde, mientras saboreaba la taza de café que le había servido Joyce:

—¿De veras crees eso?

—Sí. Hald ambicionaba quedarse con el negocio de los Chain. Bebió de habérselo insinuado en alguna ocasión, pero ellos, claro, se negaron. Entonces, Hald pensó que debía presionar con más fuerza y liquidó al menor de los hermanos.

—Por medio de unas mandíbulas de tiburón.

—Sí, Joyce.

—Un método muy extraño para matar a un hombre.

—Joyce, la mente de un hombre, incluso la mía, es siempre muy

retorcida. Hald debía de saber que Tom Chain era aficionado al buceo y a la pesca submarina. Por tanto, esperó a que fuese un día a una playa y le hizo seguir. Alguien se sumergió, con las mandíbulas del tiburón y...

—Chas, chas, chas... —dijo ella, burlona—. Pero, Mike, ¿tú te imaginas a un submarinista, bajo el agua, sosteniendo con las dos manos unas mandíbulas de tiburón? No tendría mucha fuerza, por robusto que fuese, y lo máximo que podría hacerle sería algunos rasguños sin gran importancia.

—Es que, seguramente, usó el método de las tenazas.

—¿Tenazas? —repitió ella, atónita.

—Las tenazas, como las tijeras, son una palanca de primer género, si recuerdas algo de la física elemental. Supongo que debieron de ser unas tenazas especiales, construidas ex profeso para la ocasión, pero no cabe la menor duda de que resultaron un arma mortífera.

—A pesar de todo, insisto en que es un método muy sofisticado —dijo Joyce.

—Todo el mundo creyó que se trataba de un tiburón. Yo sostuve lo contrario desde el primer momento, pero sospecho que no me hicieron gran caso. Ni siquiera Zake debió creérselo, porque no cedió a la presión. Entonces, Hald recurrió al procedimiento clásico: los dos pistoleros.

—Hald —musitó ella, pensativamente—. ¿Cómo vas a probar su culpabilidad, Mike?

—Tendré que echar mano de los servicios de Charlie Bolt. Entonces, una noche, tú y yo asaltaremos la casa y nos llevaremos todo lo que él nos quitó hace días. ¿No me dijiste en cierta ocasión que tienes unos dedos muy sensibles?

—Es cierto —sonrió la joven.

—En tal caso, muy pronto tendremos la ocasión de dar un serio disgusto a Hald —afirmó Floyd rotundamente.

CAPÍTULO IX

Mallory Hald se inclinó satisfecho para rozar con sus labios la tersa piel del cuello de Hester. Ella ronroneó como una gata.

—Luce bien el collar en mi escote, ¿verdad?

Hald contempló las perlas desde sólo unos centímetros de distancia. El vestido que llevaba puesto la pelirroja tenía un escote que llegaba hasta más abajo del estómago, pero él no reparó demasiado en aquel fascinante panorama.

De pronto, se irguió.

—¿Qué te sucede a ti? —preguntó ella.

—Las perlas.

—Sí, las llevo porque me las regalaste. Son preciosas...

—¡Estúpida! ¡Son falsas!

Hester respingó.

—Oye, tú, no te burles de mí...

—Entiendo un poco de perlas y sé que las que llevas son falsas. ¿De dónde diablos has sacado éstas?

—Son las que tú me diste...

—Hester, no me hagas enfadar. Tú has vendido el collar auténtico, después de comprar uno igual...

La mano de Hester resultaba muy pesada, cuando se enfadaba. Hald se tambaleó al recibir la bofetada.

—¡La próxima vez que me digas una insensatez semejante, te romperé un jarrón en la cabeza! —Gritó ella, colérica, mientras se quitaba el collar—. ¡Toma tus malditas perlas, pedazo de bruto, y métetelas donde mejor te quepan! Si son falsas, el tonto, el estúpido y el animal eres tú, por haberte dejado engañar.

El collar voló por los aires. Hald pudo atraparlo antes de que cayera al suelo.

—Anda, imbécil, busca al que te lo vendió y pídele el dinero. Por lo menos, que no se burlen de ti —concluyó Hester su violenta

filípica.

Hald salió del dormitorio bramando de ira. Hester quedó a solas, muy enojada, aunque, poco a poco, consiguió calmarse.

Entonces reflexionó. Sí, tal vez Hald tenía razón, las perlas eran falsas.

De pronto, comprendió la verdad y se echó a reír. Aunque ella era la perjudicada, el asunto la divertía enormemente. Aquel simpático ladrón era un hombre de verdad. «¿Dónde podría encontrarle?», se preguntó.

Dos horas más tarde, Hald entraba en la tienda de Mowatt y arrojaba el collar sobre el mostrador.

—Falsas —dijo.

Mowatt sacó una lupa y examinó detenidamente algunas de las perlas.

—Te di el bueno —manifestó.

—Yo también lo creía así, pero resulta que este collar era el que hoy tenía puesto mi chica.

—Entonces, ella te ha dado el cambiazó...

—Imposible. No se ha movido de casa desde que se lo regalé.

Tick, dime: ¿a quién diablos le compraste el collar?

—Es muy buena, lo mejorcito del oficio. Se llama Joyce Bullit.

—¡Bullit!

—Sí, la misma.

Hald dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —llamó Mowatt.

Hald giró un poco la cabeza.

—¿Qué diablos quieres ahora? —preguntó.

—Nada, sólo saber cómo marchan tus negocios —sonrió el individuo.

—Bien, no tengo quejas.

—Procura seguir así, Mallory.

Hald salió a la calle. Ransome e Hilson, ambos todavía con las señales de la pelea en sus rostros, aguardaban en el coche.

—Vamos —dijo Hald, apenas se acomodó en el asiento posterior.

Minutos después, el coche se detenía ante un edificio de excelente aspecto. Hald se apeó.

—Subiré yo solo. No os necesito —gruñó.

«Pareja de imbéciles —pensó—. Se han dejado vapulear por un solo hombre... Menos mal que Sholto me va a librar muy pronto de esta molestia».

Momentos más tarde, apoyaba el índice enguantado en el botón de llamada. Joyce abrió a los pocos momentos y palideció al reconocer a su visitante.

—El collar que le vendió usted a Mowatt era falso —dijo Hald.

Mike Floyd había regresado a su casa hacía poco. Antes de que Hald se le llevase la libreta de Chain, había repasado algunos nombres y direcciones, de los que reteñía algunos en la memoria. Ahora acababa de ver a una hermosa muchacha, a quien, por un pequeño desliz cometido en la empresa donde trabajaba, había sometido Chain a una de las más abyectas formas de esclavitud.

La joven se llamaba Joan Brenn y también había sido Rutier el hombre que la hizo claudicar. Ahora eran dos tipos, cuya descripción concordaba plenamente con la de Ransome e Hilson, según apreció Floyd.

El procedimiento seguía siendo el mismo, sólo que a Joan la llamaban de parte de un tal August, recepcionista del Royal Park. Floyd se hizo el propósito de visitar al tal August en el momento en que le fuera posible.

Entró en su casa. Sentíase un poco cansado y tenía ganas de darse un baño. Luego llamaría a Joyce, para proponerle salir a cenar juntos. También sentía vivos deseos de charlar con la joven sobre temas que no fuesen el que tanto les preocupaba.

Apenas había entrado en casa, oyó el timbre del teléfono. Levantó el aparato y dio su nombre.

—Soy Charlie —dijo el que llamaba—. Tengo noticias para usted.

—Hable.

—Primero, el jefe ha descubierto que el collar era falso. No sé qué tiene esto que ver con todos los jaleos, pero él y la pelirroja han armado una gorda. Fue usted el que entró aquella noche, ¿verdad?

—Sí, Charlie.

—Ernie ha muerto, pero queda Sholto, que es una mezcla de zorro y perro rabioso. Es decir, un perro rabioso, con mucha astucia. Sholto va a ir a buscarle, si no ha ido ya. Tenga cuidado.

—Gracias. Lo tendré en cuenta, Charlie.

Floyd colgó el teléfono y se quedó pensativo durante unos segundos. De modo que Sholto le buscaba. Bien, era lógico..., pero él ya estaría prevenido.

Miró a través de la ventana. Floyd residía en un edificio de apartamentos, en forma de L. Su apartamento estaba en la rama más corta de la L, en el penúltimo piso. Abajo, a cincuenta metros, se divisaba otra L de cemento, que marcaba la mitad de los límites de un rectángulo de hierba con los árboles.

Floyd pensó en lo fácil que resultaría para un asesino situarse en uno de los pisos de la otra ala del edificio y tirarle con un fusil de caza, provisto de mira telescópica. Había muchos apartamentos desalquilados; era un edificio de lujo y los precios no eran precisamente bajos.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

A Floyd no le gustaba demasiado llevar armas, pero las circunstancias actuales lo exigían. Abrió los botones de su chaqueta y puso la culata del revólver al alcance de la mano.

Luego miró a través del visor de la puerta. Respingó, al darse cuenta de la persona que venía a visitarle.

Abrió. Hester Madigan le sonreía provocativamente desde el umbral.

—Hola, Robin Hood —saludó la pelirroja.

Floyd se echó a un lado y Hester entró. SI joven no se olvidó de poner el seguro de la puerta.

Hester se detuvo en el centro del amplio salón.

—Es una bonita cabaña —elogió.

Floyd estaba contemplando a la pelirroja, que vestía un ceñido traje negro, abierto parcialmente por el costado izquierdo. Se preguntó cómo se las arreglaba para sostenerse en pie sobre aquellos altísimos tacones.

Hester llevaba una espectacular estola de zorro plateado en torno al cuello. La sonrisa que había en sus labios estaba llena de promesas.

—Te prepararé algo de beber —dijo.

—Gracias. Mike, eres un chico muy listo.

—¿Por qué lo dices?

—¡Fue un truco digno de un prestidigitador! Trajiste el collar falso y te llevaste el bueno. Hald lo sabe.

Floyd revolvía la mezcla en una jarra de cristal tallado, con la ayuda de una varilla de vidrio. Suspendió un instante la operación y continuó en seguida.

—Se lo has dicho tú —murmuró.

—Oye, te juro que no. NI siquiera me había enterado. Pero él entiende de perlas y se dio cuenta. Cree que le ha estafado el vendedor.

Floyd sonrió. Llenó dos copas y se volvió hacia la visitante.

La piel había ido a parar a un sillón. Ahora ya no tapaba un escote que dejaba al descubierto la mayor parte del hermoso busto de la pelirroja. Hester, además, tenía en la mano izquierda una larga boquilla, a cuyo extremo humeaba un cigarrillo.

—Eres muy hermosa —dijo él. Se acercó, la besó en una mejilla y le entregó una copa—. ¿Cómo has averiguado mi domicilio?

—Hald pronunció tu nombre. El resto no fue difícil.

—Serías un buen, detective —dijo él—. Salud.

—Salud, Mike. ¿Puedes darme el collar?

Floyd tomó un sorbo del cocktail.

—De nodo que eso es lo que buscas —murmuró.

—Sí. Voy a ser sincera contigo. Quiero dejar a Hald. No me gusta lo que hace. Mira, no es que yo sea lo que se dice una santa, ni siquiera me preocuparía mucho si Hald tuviese cierta clase de negocios más o rasuras ilegales. Pero cuando se habla de liquidar a las personas, me pongo muy nerviosa. Mike, se pueden hacer muchas cosas, menos matar. ¿Lo entiendes ahora?

—Pacifista —sonrió él.

—Acabaría mal —dijo Hester repentinamente seria—. Necesito dinero y no puedo marcharme con los bolsillos vacíos.

—¿No tienes más joyas?

—Las tenía. A partir de ahora, están en la caja inerte. Hald ha dicho que sólo me permitirá ponérmelas cuando él esté delante. Si, por ejemplo, salimos una noche a cenar, abrirá la caja, me dejará elegir, me pondré las joyas y luego, a la vuelta, las dejaré guardadas de nuevo. ¿Comprendes?

Floyd meditó un momento, mientras ella le contemplaba expectante. De pronto, dijo:

—Hester, lo siento mucho, pero no puedo devolverte el collar. Era, robado y ya lo tiene su dueño. Sin embargo, voy a hacer un

trato contigo.

—Habla —indicó ella.

—Una de estas tardes, voy a volver a casa de Hald. Alguien te avisará para que estés prevenida. Tienes que procurar que él tome un narcótico, ¿entendido?

—Sí. ¿Qué harás?

—Saquear la caja fuerte, por supuesto. El dinero, y las joyas, para ti. Todo lo demás, para mí.

Hester entornó los ojos.

—Debe de haber cosas muy importantes en esa caja —adivinó.

—¿No sabes nada?

—No. ¿De qué se trata?

—Hester, si a ti te gusta un hombre..., bueno, no es lo mismo que te obliguen a estar con él, ¿verdad?

—Oh, no, nunca lo toleraría...

—Cien chicas tienen que tolerarlo, porque Hald sus rufianes las obligan a ejercer la prostitución. De cada una de ellas, Hald obtiene, al menos, Quinientos dólares. Aunque invierta la mitad en gastos, son veinticinco mil a la semana, cien mil al mes. Ahora ya comprenderás de dónde salen los lujos de que disfrutas, ¿verdad?

Hester tenía los ojos muy abiertos.

—Oh, no —exclamó—. Eso no puede ser...

—Desgraciadamente, es cierto. Bueno, no vamos a ser tan optimistas. Más de una lo hace por interés y sin que le aprieten los tornillos, pero cuenta que la mitad, por lo menos, son forzadas a servir de carne de placer. —El joven habló durante unos minutos, para explicar el caso de Rutier y Ellie May Roberts. Luego concluyó —: Y por eso quiero yo acabar con ese inhumano tráfico.

—De acuerdo, te ayudaré —dijo Hester—. Cuando tú llames, yo le daré el narcótico.

—Yo no te llamaré, sino que alguien te avisará discretamente. Entonces, tendrás las joyas y podrás marcharte a donde quieras.

Hester sonrió.

—De acuerdo, Robin Hood —dijo a la vez que se le acercaba, ondulando insinuantemente—. Me he acordado mucho de ti —añadió, cuando le ponía los brazos en torno al cuello.

—¿De veras?

—Puedes creerme. —De pronto, Hester lanzó una alegre

carcajada—. Fue muy divertido, te lo aseguro. Nosotros, arriba; él, abajo... Eso me recuerda cierto libro que leí, con cuentos picantes... La mujer recibía al amante en el dormitorio, mientras el marido, en el sótano, contaba y recontaba sus monedas de oro...

—El *Decamerón* —citó Floyd.

—Creo que sí, pero no importa. Bueno, yo no estoy casada con Hald, pero la situación era la misma. El, abajo, anotando las cifras de sus ingresos, y tú y yo, arriba... Fueron unos momentos maravillosos —dijo ella con ojos muy brillantes.

Floyd sonrió también. Puso las manos sobre la cintura de la pelirroja y la atrajo hacia sí. De pronto, cuando ya iba a besarla, se puso rígido.

—¡Apártate, Hester! —exclamó.

CAPÍTULO X

Floyd tiró de su visitante, apartándola de la ventana. Hester se alarmó.

—¡Mike! ¿Qué sucede?

—Quédate lejos de la ventana —ordenó él secamente.

Floyd dio unos pasos hacia adelante. Apenas un par de segundos antes, había visto a un hombre moviéndose por la azotea de la otra parte del edificio. Podía ser un operario que iba a reparar alguno de los elementos de servicios..., pero también podía tratarse de Sholto.

De pronto, la cabeza y los hombros del sujeto asomaron por encima del parapeto. Floyd captó el gesto de llevarse unos prismáticos a los ojos. Con toda naturalidad, cruzó por delante de la ventana, para volver por el mismo camino, pero a gatas.

Hester se sentía estupefacta. Cuando el joven se levantó, dio un paso hacia él.

—Sigue ahí y no te muevas. Sholto está ya en posición.

La pelirroja se llevó una mano a la boca para no gritar.

—Me habrá visto —exclamó, aterrada.

—No creo que haya tenido tiempo. Acababa de llegar cuando yo advertí su presencia. Hace un instante, tenía unos prismáticos. Por eso he pasado yo por delante de la ventana, para hacerle saber que estoy en mi casa.

—Entonces...

—Entonces, aguardará con el fusil a punto y disparará apenas considere que estoy a tiro. Pero no le voy a dar la ocasión de apretar el gatillo. Quédate aquí y, por lo que más quieras, no te acerques a ninguna de las ventanas.

Floyd corrió hacia la puerta, abrió y tomó el ascensor que le llevaría a la azotea. Una vez arriba, se situó tras una de las casetas y atisbo con grandes precauciones.

—Sí, allí está —murmuró.

Las azoteas se comunicaban, formando prácticamente una sola. Estaban las estructuras de los ascensores, ventilación y otros servicios, de modo que resultaba bastante fácil acercarse al lugar donde se hallaba el pistolero sin ser visto. A pesar de todo, Floyd actuó con grandes precauciones: el fusil que Sholto pensaba emplear no era cosa de broma.

Pasaron algunos minutos. Sholto continuaba en el mismo sitio. De cuando en cuando, miraba a través de los prismáticos, Floyd debía de estar en el baño, calculaba. Tarde o temprano, saldría y se pondría a tiro. El fusil yacía en el suelo, a su lado, cargado y listo. Nadie oiría el tiro, porque le había puesto un silenciador.

De súbito, sintió algo duro y frío en la nuca.

—Estoy aquí, Sholto.

El pistolero se puso rígido. Los prismáticos resbalaron de su mano, aunque no tocaron el suelo, debido a que los retuvo por la correilla con los dedos.

—¿Floyd? —dijo con voz aflautada.

—Sí. Te ha enviado Hald, ¿no es cierto?

—¿Puedo negarlo?

—Te has equivocado. Soy más duro de lo que muchos creen. ¿Ya no recuerdas el día que querías tirarme al río? Ernie murió, ¿verdad?

—Resultaría tonto negar la evidencia. Bien, ¿qué va a hacer? No puede pegarme un tiro; le sería imposible demostrar que he intentado asesinarle. Por tanto, tiene que dejarme marchar..., y ya le encontraré otro día.

—Sí, como encontraste a Chain y a Legham.

Sholto sonrió.

—Fue una buena labor —dijo.

—Los tipos como tú me dan náuseas. Escucha, Sholto, voy a dejar que te marches, pero el próximo día, tiraré antes de que te des cuenta. Y tiraré a las tripas, ¿comprendes?

Hubo un instante, de silencio. De pronto, Sholto giró en redondo, a la vez que movía la mano con la que sujetaba la correa de los prismáticos.

Floyd se echó hacia atrás instintivamente. Los prismáticos golpearon el revólver y lo hicieron saltar por los aires. Lanzando un rugido de alegría, Sholto se precipitó sobre su fusil.

Floyd reaccionó y disparó el pie derecho, pero el golpe, si bien apartó al asesino de su arma, no tuvo toda la efectividad que deseaba. Sholto trastabilló y retrocedió un par de pasos, con el odio en sus pupilas.

Floyd se dio cuenta de que no iba a poder recobrar el revólver. Pero Sholto no había llevado consigo solamente el fusil. Una pistola apareció de pronto en su mano derecha.

El joven se lanzó hacia adelante, con la cabeza gacha. Sholto bramó al sentir el impacto de la frente en su mandíbula. Retrocedió tambaleándose y, casi a continuación, llegó un tremendo puñetazo de efectos devastadores.

Sholto salió catapultado hacia atrás y chocó contra el parapeto, por el que saltó un instante después. Sus piernas se agitaron frenéticamente durante una fracción de segundo; luego, desaparecieron de la vista del joven.

A pesar de las recomendaciones, Hester no había resistido en la tentación de mirar por la ventana. Cuando vio a Sholto que descendía velozmente, sintió un escalofrío.

Floyd oyó el alarido y luego el horripilante sonido del impacto. Continuar en aquel lugar, podía resultar comprometedor, por lo que recobró su revólver. Iba a marcharse ya, cuando reparó en el fusil y el maletín que había al lado.

Si la policía encontraba aquellos objetos, la investigación sería mucho más minuciosa. Floyd despiezó rápidamente el arma, la guardó en el maletín y, encogido para no ser visto, regresó rápidamente por el mismo camino.

Cuando llegó a su departamento, Hester estaba muy pálida.

—Lo he visto todo —dijo.

—Tienes suerte. Sholto no te ha visto a ti.

Ella le entregó una copa.

—Me parece que lo necesitas —sonrió.

Floyd tomó un par de sorbos.

—Este edificio tiene varias entradas. Sal por la del lado sur. Vuelve a casa y recuerda lo que te he dicho, Alguien te avisará y entonces tendrás que narcotizar a Hald.

—Es una lástima —suspiró—. Yo había venido a quedarme aquí toda la tarde...

—Éstos no son momentos para la diversión. Anda, vete. Tendrás

tus joyas, te lo garantizo.

Hester asintió. Al quedarse solo, Floyd se asomó a la ventana.

Había una gran aglomeración de gente en el lugar donde se hallaba el cuerpo de Sholto. Un par de coches de patrulla habían acudido a los pocos momentos. Ahora llegaba la ambulancia.

Encendió un cigarrillo. Era un final adecuado para un asesino como Sholto.

—El collar era falso —insistió Hald—. Me lo ha dicho Mowatt.

—No sabía que usted tuviera relaciones con ese tipo —dijo Joyce sarcásticamente.

—Tengo más relaciones de lo que te puedes imaginar...

—Si el collar era falso, ¿por qué pagó usted varios miles de dólares? Resulta claro que Mowatt le estafó, ¿no es así?

—Aparentemente, así debiera ser, pero he estado pensando y creo que sé lo que ocurrió. Floyd lo cambió la noche que estuvo en mi casa.

—Eso significa que no cuida usted de las cosas de valor.

—Uno no puede prever todo lo que ocurrirá, aunque puede estar tranquila, ya no habrá más fallos ni descuidos. Tick me ha hablado mucho y bien de usted. He estado pensando en darle un empleo.

—¿De ramera?

Hald se echó a reír.

—No estaría mal. Tendrías clientes en abundancia..., pero me parece que, a partir de la próxima semana, tu único cliente voy a ser yo.

Joyce le sacó la lengua en son de burla.

—Ni lo sueñe —dijo.

—La próxima semana estarás en mi casa —insistió él—. Pero es que, además, quiero aprovechar tus habilidades... manuales.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Joyce.

—He llegado a la conclusión de que se puede combinar perfectamente el placer con el beneficio. Pasado mañana, a estas horas, alguien vendrá y te pedirá un collar parecido al que Floyd se llevó de mi casa. No sé cómo lo harás, pero tendrás el collar.

—¡No quiero seguir robando!

Hald la miró fríamente.

—No estás en condiciones de negarte, hermosa —dijo—. El collar, pasado mañana..., o te arrancarán la piel a tiras y no en

sentido figurado, por supuesto.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Joyce sonrió.

—Acérquese —dijo, a la vez que hacía con el índice un gesto significativo.

Hald picó. Cuando estaba a la distancia suficiente, ella disparó el puño derecho, directo a la nariz del indeseable visitante.

Se oyó un atroz rugido de ira. Joyce movió las piernas sucesivamente, castigando con los pies las rótulas de Hald. El sujeto empezó a saltar de un lado para otro, atormentado por el dolor de los golpes recibidos.

Joyce se dio cuenta de que le había ganado la iniciativa y siguió con el castigo. La puntera de su fino zapato derecho se clavó en el muslo izquierdo de Hald. El sombrero del visitante había caído por el suelo y ella agarró un puñado de palo y tiró con todas sus fuerzas, lanzándolo contra una pared, tal como sabía que Floyd había, hecho en cierta ocasión.

Hald chocó contra el muro y rebotó. Ardía de ira por saberse derrotado por una mujer. Cuando se volvió, Joyce usó el puño de nuevo en su nariz. Hald se tambaleó, con los ojos llenos de lágrimas.

Había perdido la iniciativa por completo y casi no sabía dónde estaba. Joyce decidió aprovechar la ocasión y le registró rápidamente. Una pequeña pistola, plana, pasó a su poder.

De pronto, Hald intentó atraparla por los brazos. Ella saltó a un lado y luego descargó el tercer golpe contra una nariz que ya era una masa de pulpa roja.

A continuación se puso a sus espaldas y agarró las orejas con ambas manos. Hald chilló, presa de un dolor insufrible. Joyce le dio un par de tirones y luego lo empujó hacia adelante de un violento rodillazo.

—¡Váyase, cerdo, váyase! —gritó.

—Espere..., deje que me arregle un poco...

—Si no se va ahora mismo, llamaré a la policía y le acusare de intento de violación.

Joyce le apuntaba con su propia pistola. Hald emprendió una precipitada retirada. Cuando estaba ya en el pasillo, Joyce le tiró el sombrero.

Luego cerró la puerta y se apoyó en ella, jadeante, sin aliento. La

excitación de la lucha empezó a pasar y entonces llegaron las aprensiones.

Hald era un tipo rencoroso. Jamás le perdonaría la humillación de que había sido objeto. Tarde o temprano, querría vengarse y...

Tenía que hacer algo para eludir la venganza. Se marcharía una temporada de la ciudad. Pero ¿adónde?, es preguntó acongojadamente. Tenía muy poco dinero y no le hacía especialmente feliz tener que pedirselo a Floyd.

Por cierto, ¿dónde se había metido Mike? ¿Por qué no llamaba? ¿Por qué no daba señales de vida?

Para calmar su agitación, fue al baño y restauró los desperfectos que la pelea, había causado en su peinado. Luego se cambió de ropa. Cuando volvía a la sala, sonó el timbre de llamada.

Inmediatamente, agarró la pistola de Hald y, sujetándola con las dos manos, apuntó hacia la puerta. Si se trataba de alguno de los matones de Hald, haría fuego sin vacilar.

—¡Entre, está abierta!

La puerta se abrió y Floyd se encontró de pronto ante el negro ojo de un arma de fuego.

Floyd examinó la pistola y se echó a reír.

—Otra vez, quita el seguro —dijo, después de que ella le hubo hecho un circunstanciado relato de todo lo ocurrido.

Joyce palideció.

—Si hubiera sido uno de sus pistoleros...

—Por fortuna, era yo. Joyce, cierta vez dijiste que tenías unos dedos muy sensitivos.

—Es cierto, Mike.

—¿Serías capaz de abrir una caja de caudales, sin conocer la combinación?

—Claro que sí... ¡Pero no quiero volver a robar!

—Tendrás que hacerlo por última vez —dijo él, muy serio—. Y no te preocupes, no robarás a una persona decente.

—¿A quién? Es decir, si puedo saberlo.

—Por supuesto. Tenemos que abrir la caja fuerte de Hald.

Joyce sintió un escalofrío.

—Será muy peligroso —vaticinó.

—No habrá peligro. Hald estará dormido como un tronco.

Ella, le miró asombrada.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —Inquirió.

—Lo sé y basta. A propósito, no quiero que sigas más en esta casa. Vamos a hospedarnos en el Royal Park.

—¿Un hotel?

—Sí.

—Michael Floyd, pedirás dos habitaciones —dijo ella, mirándole fijamente.

—Claro, ¿qué te pensabas? Si quisiera seducirte, éste es un buen sitio, ¿no?

—Oye, oye, no te vayas a pensar que soy como muchas. Soy ladrona, es cierto, pero no una... golfa.

Floyd se echó a reír.

—Una vez conocí a una que decía algo parecido. «Soy una golfa, pero jamás he robado siquiera un alfiler».

Joyce se puso colorada.

—La cosa es distinta...

Inesperadamente, Floyd se acercó a ella y la besó.

—Lo sé, preciosa —dijo—. Vamos, prepara tus cosas.

Ella sintió que se le humedecían los ojos.

—¡Por fin! —dijo—. Llegué a pensar que eras de palo...

—Estás terriblemente equivocada —rió el joven. Y cuando ella se volvió, le dio una palmada en la parte más carnosa de su anatomía.

Joyce lanzó un gritito, a la vez que daba un pequeño salto.

—¡Sinvergüenza!

—No soy de palo, ni mucho menos. Lo que pasa es que sé contenerme cuando resulta necesario —contestó Floyd con toda seriedad.

CAPÍTULO XI

—Éste es el número, señor —dijo obsequiosamente el recepcionista del Royal Park.

Floyd guardó el papelito en uno de los bolsillos de su traje. Dos billetes de cinco dólares cambiaron de mano discretamente.

—August, cuando haya terminado su turno, suba a mi habitación, por favor. Tengo que pedirle algo importante..., y sabré recompensarle —dijo el joven.

—Sí, señor.

August era peor que Wayne Dickson, pensó el joven. Pero iba a darle una buena lección. Se la merecía, como se la merecían todos aquellos que intervenían en un repugnante tráfico, poniendo un puñal en la espalda de muchas chicas decentes.

El recepcionista subió tres horas más tarde. Floyd le entregó un trozo de papel.

—¿Qué es esto, señor?

—El número del teléfono que dará usted a los clientes que le pidan un rato de diversión —respondió Floyd—. Olvídense del otro, ¿me entiende?

August se puso pálido.

—Pero...

—Hará lo que le he dicho o terminará en el Hudson, con unos «zapatos» de cemento. A partir de ahora, trabaja para mí. ¿Está claro?

La nuez del recepcionista subió y bajó rápidamente.

—Sí, sí, señor...

—August, punto en boca. Esto evita muchas enfermedades. Sobre todo, la indigestión de plomo.

August se marchó, sintiendo que la cabeza le daba vueltas. Pero al día siguiente, cuando un cliente le pidió información sobre cierto asunto, August le dio el número de teléfono indicado por Floyd.

Al atardecer, Floyd y Joyce estaban en el vestíbulo, tomando una copa. De pronto, vieron entrar a un hombre de mediana edad, echando fuego por los ojos y con el rostro congestionado por la ira.

—¡August, maldito hijo de perra, me envió usted a una comisaría de policía! —gritó el huésped.

El recepcionista se puso lívido.

—Pero, señor, yo...

El cliente pasó al otro lado del mostrador y empezó a dar de golpes al aterrado recepcionista. El escándalo era fenomenal y sólo tuvo su final, cuando el director del hotel, ayudado por algunos empleados, consiguió separar a los contendientes.

El aspecto de August era lastimoso. Tenía un ojo cerrado, el labio inferior partido y sangraba por las narices. Su ropa impecable estaba hecha jirones.

El director se llevó a su despacho a August y al furioso cliente. Cinco minutos más tarde, August salía del hotel para siempre.

—¡Buena jugada! —comentó Joyce.

—Se lo merece.

Ella se puso en pie.

—Voy a mi habitación. ¿Te quedas?

—Sí, estoy aguardando una llamada.

Floyd subió a su cuarto un par de horas más tarde, casi cuando anoecía. Abrió la puerta y parpadeó al ver a Joyce.

—Esa indumentaria la conozco yo —dijo.

Ella sonrió cálidamente.

—La llevaba puesta el día en que vino a verme un tal Darnley —contestó—. Pero Darnley se marchó de vacío, querido.

Floyd contempló el espectacular conjunto rojo y negro. Joyce avanzó hacia él y sus brazos emergieron de los tules transparentes de color púrpura.

—Quiero comprobar si es verdad que no eres de pala —murmuró.

Floyd meneó la cabeza.

—Lo siento muchísimo, nena —dijo.

Ella le miró con sorpresa.

—¡No te gusto! —exclamó, enojada.

—Calma, preciosa, me gustas más que nada en el mundo..., pero tenemos trabajo. Vuelve a mi cuarto y cámbiate de ropa.

—La tengo aquí. No iba a circular por los pasillos vestida de esta manera.

—Entonces, ve al baño. Ten paciencia, preciosa.

Joyce obedeció, un tanto frustrada, Floyd se acercó a la puerta del cuarto de baño y la entreabrió.

—No tengas cuidado, no voy a mirar —dijo—. Pero quiero que me digas una cosa, Joyce.

—¿Sí?

—¿Cómo aprendiste a ser tan hábil con los dedos?

—Me lo enseñaron.

—¿Quién?

—El Gobierno.

Floyd lanzó un bufido.

—No te burles de mí —rezongó.

—Pero si te estoy diciendo la verdad. Hubo un tiempo en que yo trabajaba en una oficina federal. Un día me propusieron cambiar de puesto, con más sueldo, y acepté. ¿A que no sabes dónde fui a parar?

—No me lo imagino.

—Eres muy torpe —rió ella—. Langley, Virginia, cuartel general de la CIA.

—Joyce, no me digas que tú...

—Lo fui, pero ya no lo soy. Allí aprendí muchas cosas, pero también aprendí algo muy importante en mi primera misión en el extranjero: un día acabaría con los nervios rotos, convertida en un guiñapo humano. Por tanto, en cuanto regresó al país, dimití de mi puesto.

—Y te convertiste en ladrona.

—Lo pensé durante un tiempo. Mira, es muy distinto robar en una joyería que entrar en un lugar bien guardado en un país extranjero, en donde, si te atrapan, vas a padecer los mil tormentos. Dará, quizá, acabar luego con un tiro en la nuca. Si es que cuando ellos hayan terminado contigo sigues con vida, claro.

—Comprendo.

—¿Qué me hubiera pasado si llegan a atraparme en la joyería? Bueno, unos guardias me hubieran arrestado, habría sido tratada con cierta consideración..., y como me hubiese convenido, habría confesado desde el primer momento. La cosa es muy distinta aquí

que en el extranjero, ¿entiendes?

—Pero ya no vas a seguir robando, Joyce.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer esta noche?

—La despedida.

Joyce salid del baño, vestida con ropas discretas. Floyd movió la cabeza.

—Necesitarás pantalones —dijo él.

—Los tengo en mi cuarto, Mike.

—Bien, en tal caso, te aguardo en el vestíbulo.

—Un momento —exclamó Joyce—. Tú ya sabes muchas cosas de mí, pero yo ignoro prácticamente todo lo tuvo. Estás gastándote un montón de dinero, en una inversión que nadie te ha encomendado; ibas a pagar mi collar..., tienes a Charlie Bolt a sueldo..., te alojas en hoteles nada baratos y, además, pagas mi cuenta... ¿De dónde sacas el dinero?

Floyd se echó a reír.

—La verdad es que era sargento de la policía —contestó.

—Ah, una misión secreta...

—Nada de eso. Yo también dimití, como tú.

—Mike, ¿qué pez gordo te dio el dinero que ahora te permite vivir sin trabajar?

—Mi tía Hildegarde. La pobre murió hace un año.

—Estás de broma —protestó Joyce.

—Digo la verdad. Era muy rica y me dejó más de un millón limpio, pagados ya los impuestos. Además, tengo un par de residencias fuera de la ciudad... Tía Hildegarde me quería mucho, ¿sabes?

Joyce le miraba, incrédula.

—Yo perdí a mis padres siendo casi un niño, pero nunca quise aceptar la ayuda de tía Hildegarde. A ella no le gustaba mucho que fuese policía; hubiera preferido tener un sobrino médico, ingeniero..., pero yo no quería y acabé siendo agente de la policía. Tía Hildegarde era muy comprensiva, vio que yo progresaba y... Bueno, ya lo sabes todo —concluyó Floyd.

—Pero... pero no vas a vivir toda la vida en la oscuridad, derrochando el dinero de la herencia...

—Claro que no, aunque pensar en un negocio es algo que puede aguardar. Anda, ve a cambiarte, pronto.

Joyce se puso las manos atrás.

—Cuidado —advirtió, risueña.

Floyd tenía el brazo a medio levantar y volvió a bajarlo.

—Ya llegará el momento en que no me lo prohíbas —dijo alegremente.

—Esta noche, señorita Hester —bisbiseó el hombre.

Hester miró sorprendido a Bolt.

—De modo que eres tú...

—Ya lo sabe, señorita.

Bolt se alejó. Hester quedó sola, pensando en la forma mejor de propinar el narcótico a Hald.

Al cabo de un rato, halló la solución. Subió a su cuarto, abrió un tubo de somníferos y pulverizó dos tabletas sobre un papelito. Luego, discretamente, puso el narcótico en una copa, que llenó de *whisky*, agitándolo suavemente, hasta que tuvo la seguridad de que la droga se había disuelto por completo en el líquido.

El *whisky* fue a parar al despacho de Hald. Hester sabía que él solía tomar un trago después de cenar, cuando se retiraba a trabajar, y eso era algo que no tardaría mucho en suceder.

Aquella noche, habían tenido un invitado a la mesa. Tras la cena, Hald y el huésped se encaminaron al despacho.

—Tómate un trago, si te apetece —dijo Hald.

—Hombre, aquí hay una copa servida —exclamó el invitado.

Agarró el vaso y lo despachó en un par de rápidos tragos. Luego se sentó frente al dueño de la casa.

—Bueno, hablemos de negocios —sonrió.

—Esto no marcha bien —dijo Hald.

—Mallory, no me tomes el pelo. No me gustaría tener que enviarte alguno de mis muchachos.

—Te lo digo en serio. Kay cierto tipo que está metiendo las narices en nuestros asuntos... Aunque la policía ha dado la versión del suicidio, apostarí a que fue él quien arrojó a Sholto desde la azotea. Es un tipo duro, te lo digo yo.

—¡Bah, no será tanto como piensas! Déjalo de mi cuenta y yo me encargaré de él... —El invitado bostezó aparatosamente—. ¡Diablos, qué sueño tengo!

—Eres viejo ya —rió Hald.

—No me gustan cierta clase de bromas...

Casi de repente, el invitado se deslizó a un lado y quedó como un tronco sobre la alfombra. Hald se puso en pie, estupefacto.

—Pues sí que tenía sueño —gruñó.

Miró el vaso vacío. En el fondo quedaban todavía algunas gotas de líquido.

Hald se sintió repentinamente suspicaz. Luego vertió aquellas gotas en el hueco de la mano izquierda y probó el licor con la punta de la lengua.

Repitió la prueba. Aquel *whisky* era para él, pero se lo había bebido el invitado.

Empezó a pensar. ¿Quién y por qué tenía interés en narcotizarle?

CAPÍTULO XII

—He traído una cuerda con nudos y gancho —dijo Floyd.

—No la necesitaré, descuida. —De pronto, Joyce agarró al joven por los hombros y le miró al fondo de los ojos—. ¿De veras es la última vez? —preguntó.

—Te lo juro.

Ella sonrió.

—Creo haber oído algo de una cabaña en el campo...

—Bueno, un poco más que cabaña y menos que un palacio. También tengo otra casita cerca de una playa maravillosa, muy poco concurrida.

Joyce se empinó sobre las puntas de los pies y le besó en los labios.

—Usaré una *negligée* blanca —murmuró.

—Será maravilloso..., pero ahora volvamos a la realidad. Anda, te ayudaré a subir.

Joyce puso un pie sobre el hombro izquierdo del joven, que se había acuclillado para facilitarle la operación. Luego se sintió levantada sin la menor dificultad.

Momentos más tarde, estaban en el interior del jardín. Floyd había llevado consigo una linterna de pequeñas dimensiones, pero no pensaba utilizarla hasta el momento adecuado.

Paso a paso, avanzaron a través del jardín. Floyd llegó primero a la casa y tanteó con la mano una de las ventanas de la planta baja.

El bastidor subió con gran lentitud, a fin de evitar un chirrido delator. Floyd pasó al interior del edificio y se volvió para ayudar a Joyce a entrar en la habitación.

Luego, Floyd corrió las cortinas. Encendió la linterna y paseó el haz de rayos luminosos a su alrededor. De pronto, el foco iluminó un cuadro situado a la derecha de la costosa mesa de despacho.

—Allí —indicó en voz baja.

Joyce avanzó hacia el cuadro y lo hizo girar a un lado. Floyd alumbró con la linterna, para que ella pudiera ver la rueda de la combinación.

Los dedos de la joven se movieron lentamente. Joyce tenía el oído pegado al metal. Floyd, por su parte, guardaba un silencio absoluto. Incluso respiraba largo y espaciado, a fin de no perturbar la atención de la muchacha.

De pronto, vio que Joyce lanzaba un hondo suspiro.

—¿Ya está?

—Sí.

Floyd saltó hacia adelante, justo en el momento en que ella se disponía a hacer girar la manija.

—Espera.

Ella le miró inquisitivamente. Floyd la apartó a un lado, con muy pocas ceremonias y se situó lejos de la caja, a la distancia de su brazo. Joyce comprendió las intenciones del joven en el acto.

La tapa de la caja se abrió de golpe y un chorro de gas brotó con gran potencia.

—Al suelo y aguanta la respiración, Joyce —ordenó él a la vez que corría hacia la ventana. Apartó las cortinas por completo y sacó medio cuerpo fuera, aspirando el aire puro de la noche a pleno pulmón.

El gas se disipó a los pocos minutos. Joyce declaró que se sentía un tanto aturdida.

—Era narcótico solamente —sonrió él a la vez que sacaba una bolsa de tela fina que había llevado bajo la camisa—. Bueno, hemos conseguido el objetivo...

La luz del despacho se encendió de repente.

—No toquen nada de lo que hay en esa caja —exclamó Hald.

Floyd y Joyce se volvieron al mismo tiempo. Detrás de Hald estaba Ransome, con una pistola en la mano.

Otro hombre apareció a los pocos momentos, tambaleándose visiblemente.

—Empiezo a sentirme mejor —dijo.

—¡Tick Mowatt! —exclamó Joyce, atónita.

—Forma parte de la cuadrilla y es lógico —manifestó Floyd tranquilamente—. ¿Quién mejor que Mowatt para recoger toda clase de informes que permitan no sólo continuar, sino ampliar un

sucio negocio?

El prestamista se irguió orgullosamente.

—Nada de que forma parte... ¡Soy el jefe! —exclamó—. Éste no es más que un figurón, que baila al son que yo toco. Claro que le permito ganar mucho dinero, pero eso no altera la situación en absoluto. Hald se iría al infierno si yo chasquease los dedos.

—Bueno, Mallory —sonrió Floyd—, las cosas se han puesto en claro.

Hald se mordió los labios, evidentemente humillado.

—Tick tiene razón —dijo—. Es el jefe..., pero ya ha dejado de serlo.

Inesperadamente, se volvió hacia Mowatt y, con un pequeño revólver que había surgido en su mano como por arte de magia, le disparó dos veces al pecho.

—¡Bastardo asqueroso! —Dijo, cuando vio que el prestamista rodaba al suelo—. Estaba harto de él —añadió, volviéndose hacia los intrusos.

Floyd se encogió de hombros.

—Eso no es de mi competencia —respondió.

—Pronto no va a competir en nada —gruñó Hald—. El jardín es muy grande.

—Sí, hay sitio para muchas sepulturas —convino el joven tranquilamente.

Joyce se sentía aterrada. ¿Cuánto tardarían en disparar aquellos asesinos?, se preguntó.

—Hald, diríase que nos esperaba —habló Floyd de nuevo.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo lo sabía?

Hald movió una mano. Segundos después, Hilson se hizo visible, arrastrando por los cabellos a una mujer, cuyo rostro era una masa informe de carne ensangrentada.

Hester murmuraba frases incoherentes. El dolor le impedía coordinar sus palabras.

Joyce volvió la cabeza a un lado para no contemplar aquel horrible espectáculo. Floyd apretó los labios.

—Lo pagará caro, Hald —dijo.

Una sonrisa despectiva apareció en los labios del aludido.

—Usted no está en condiciones de hacer la menor amenaza —

contestó—. Lo único que puede hacer es rezar sus últimas oraciones.

—Vaya, es muy caritativo —comentó Floyd tranquilamente—. Pero, la verdad, preferiría mejor un buen trago.

—No tengo ganas de que me eche el licor a la cara —dijo Hald de mal talante—. Vamos a acabar cuanto antes...

De pronto, Ransome se le acercó y le dijo algo al oído. Hald pareció dudar.

—No: está demasiado lejos y, aunque seguro, resultaría un poco complicado. La cose, podría hacerse si estuviéramos ya allí —dijo al cabo.

—¿Están ideando algún nuevo método para liquidarnos? —preguntó Floyd.

—Keeth me sugería el método de las mandíbulas de tiburón.

—Manejadas por algún experto en escafandrismo y unidas a un par de tenazas de mango largo, como, por ejemplo, los de unas cizallas para cortar hierros de cierto grosor, si no me equivoco.

—Así es, usted lo ha adivinado.

—Y, seguramente, ese escafandrista es un pescador profesional llamado Duke Ryssing. Apostaría, incluso, que es su agente en Harras Harbor, es decir, el encargado de las chicas que son obligadas a ir allí durante la temporada de verano.

Hald arqueó las cejas.

—Lo adivina usted todo, no falla nunca —exclamó.

—Listo que es uno —sonrió el joven—. En cambio, usted no es capaz de adivinar lo que va a pasar dentro de dos segundos.

—Le voy a pegar un tiro.

—No lo haga. Charlie le volaría los sesos.

—Así es —confirmó el aludido desde la entrada. Y como viera que los otros empezaban a moverse, gritó—. ¡Quietos!

Hald soltó una espantosa maldición y saltó a un lado. Floyd se arrojó sobre él y le propinó un tremendo empujón, lanzándolo hacia adelante, en el momento en que Hilson se volvía para hacer fuego sobre Bolt, pese a la amenaza.

Sonó un horrible alarido. Hald se detuvo un instante, con la cara deformada por una espantosa mueca. Hilson, aturdido, no acertaba a reaccionar. De pronto, Floyd dio otro salto y golpeó su muñeca, haciendo que la pistola cayera al suelo.

Bolt puso su pistola en la sien de Ransome.

—No te muevas, Keeth —dijo.

Hald se desplomó y quedó cruzado sobre el cadáver de su víctima. Floyd contempló a los dos unos segundos y luego se volvió hacia la joven.

—Joyce, será mejor que atiendas a esa pobre chica. Yo me ocuparé de la caja fuerte.

—Está bien, Mike.

Pocos días más tarde, Floyd fue al hospital, cargado con un enorme ramo de flores y una caja de forma oblonga. Hester hizo un esfuerzo por sonreír bajo los espesos vendajes que le ocultaban el rostro por completo.

—Eres muy amable —dijo. Las manos estaban intactas y pudo coger las flores.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—Bien. El médico, ha dicho que costará un poco, pero que no quedarán señales.

—Hilson, ¿verdad?

—Se hartó de golpearme, como si fuese un saco de arena.

—No te preocupes ya de él. Tiene cárcel para un montón de años. Cuando salga, sólo tendrá fuerzas para pegar sellos de correos. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Nada —contestó Hester—. Ya me las ingeniaré para pagar la cuenta del hospital...

—¡Pero, qué tonto soy! —Exclamó el visitante—. Me había olvidado de lo principal. Toma, preciosa.

—¿Bombones, Mike? —dijo ella, al tener la caja en sus manos.

—Excepto las libretas con las direcciones y los documentos y fotografías comprometedoras, todo lo demás es tuyo.

Hester abrió los ojos enormemente.

—Mike, yo no puedo...

—¿Quién, sino tú, tenía mejor derecho a lo que había en la caja fuerte? —Floyd se inclinó y rozó los todavía lacerados labios de la paciente—. Buena suerte, Hester.

—No te veré más —dijo ella en tono afligido.

—Lo siento.

—¿Hay otra?

—Sí.

Floyd agitó la mano y salió del cuarto. Cuando llegaba a la puerta del hospital, vio a Joyce que se disponía a entrar, con un ramo de flores en las manos.

—¿Vas a ver a Hester?

—Sí. Espérame, serán sólo unos minutos...

Floyd se apoderó del brazo de Joyce y la empujó hacia la acera.

—Ese ramo de flores va a tener mejor utilidad que adornar la habitación de una enferma —dijo.

—El salón de tu casa, por ejemplo.

—Es un ramo de novia, Joyce.

Ella se volvió y le miró, atónita.

—Mike, no te burles de mí...

Floyd volvió a empujarla.

—Ahora mismo vamos a la oficina de licencias para matrimonios. Luego visitaremos a un pastor amigo, que nos casará antes de que llegue la noche. Cuando la ceremonia haya terminado, te dejaré elegir entre la casa de campo o la de la playa.

—Mike, me voy a echar a llorar —gimoteó ella.

—Vaya, y yo que creía que empezarías a dar saltos de alegría...

Ya habían llegado al borde de la acera. Un hombre, elegantemente uniformado, mantenía abierta la portezuela de un lujoso coche.

—¿Está enferma la señorita, señor? —preguntó Bolt.

—No, al contrario. Está muy contenta, porque vamos a casarnos.

—Pues cualquiera diría que va a un entierro, señor.

—Es que... Me ha pillado tan de sorpresa... —dijo ella—. Además, con esta ropa... No es adecuada para una boda...

—Señorita, tiene el novio y eso es lo que más importa —sonrió Bolt—. ¿No le parece al señor?

—Charlie, eres todo un filósofo. Ya sabes adonde hemos de ir, ¿verdad?

—Sí, señor.

Joyce se sentó en el asiento posterior del coche. Floyd lo hizo a su lado y la atrajo hacia sí. Bolt dio media vuelta a la llave de contacto.

—El señor debe saber, sin duda, que Ryssing ha sido detenido, acusado del asesinato de Tom Chain...

Bolt, el flamante chófer de Mike Floyd, echó una mirada hacia el

retrovisor y vio a una pareja estrechamente abrazada y con los labios unidos. Movi6 la cabeza y murmur6:

—A 6sos ya no les interesa nada de este mundo.

Joyce se separ6 poco despu6s de Floyd, sofocad6sima y con los ojos muy brillantes.

—No eres de palo, Mike —dijo, feliz.

FIN

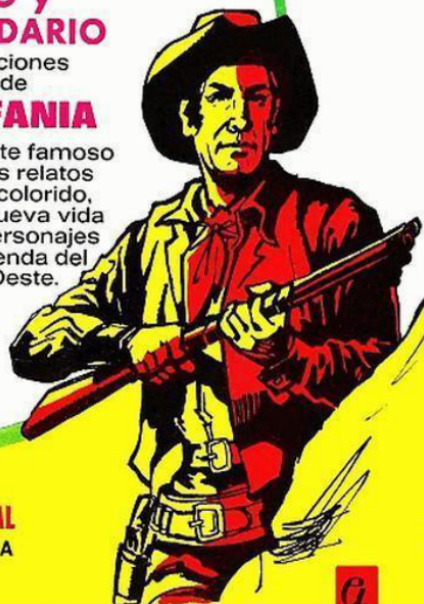
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

